EL COJO ILUSTRADO

Año I — 1º DE OCTUBRE DE 1892 — Nº 19

PRECIO
SUSCRICIÓN MENSUAL. . . . . B. 4
UN NUMERO SUELTO.. . . . . B. 2

EDITORES PROPIETARIOS
J. M. HERRERA IRIGOYEN Y CA.
EMPRESA EL COJO – CARACAS – VENEZUELA
DIRECTOR: MANUEL REVENGA

EDICION BIMENSUAL
(4,000 EJEMPLARES)
DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO
CARACAS — VENEZUELA

ORIGINALES. — NO SE DEVOLVERÁN LOS QUE SE NOS REMITAN, PUBLIQUENSE Ó NÓ

SUMARIO

TEXTO.—*D. Domingo Ramón Hernández*, apuntes biográficos.—*Poesías del mismo.*—*La Profecía del Ulema*, poesía de D. José Antonio Calcaño.—*El Cordonazo de San Francisco*, por el Dr. Arístides Rojas.—*La carne del ahogado*, por el Dr. Rafael del Valle.—NUESTROS GRABADOS.—VARIEDADES: *El Perú Oriental.*—*Notas literarias.*—*Notas científicas.*—*A mi novia*, soneto de A. Herrera Toro.—*Fastidio*, por Publio—*Pesadilla*, por F. de Sales Pérez.—*Fugitiva*, por Ruben Darío.—*El Tocador*, por la Baronesa Staffe. *Bendita tierra*, por Miguel E. Pardo.—*Los por qué de Susanita.*—*Los Gallos*, por el Dr. David Villasmil.—*Su cara mitad.*

GRABADOS.—PUERTO CABELLO: *Plaza Salom*, de fotografía. *D. Domingo Ramón Hernández*, dibujo á la pluma de Herrera Toro.—PUERTO CABELLO: *Los Coquitos* [Paso real] de fotografía.—*Hojas de Diciembre*, cuadro de M. Jenoudet.—CARACAS: *Alameda é Iglesia de San Juan*, [Plaza de Abril] de fotografía.—GUAYANA: *Vistas del Caratal*, de fotografías de Lessmann.—*El Cabo.*—*El Pilón*, de fotografías de E. Guinand.—MUSICA: *Matilde*, polk por F. G. Vollmer.



PUERTO CABELLO. — PLAZA SALOM

D. DOMINGO RAMON HERNANDEZ

—

Hoy está de galas EL COJO ILUSTRADO, pues que vamos á ocuparnos en hablar de uno de nuestros más distinguidos compatriotas, Domingo Ramón Hernández, tan querido, tan aplaudido, tan celebrado. Cuando á los méritos del talento, del estudio, de la inspiración, se unen las nobles cualidades del caballero y del ciudadano; y si éste, por uno de tantos caprichos de la suerte, soporta las desgracias con valor y resignación, entonces el mérito del escritor, del distinguido poeta, se levanta para ser aplaudido por todos aquellos que rinden culto á toda excelsitud y se regocijan ante las eximias virtudes del bondadoso padre de familia, del poeta desgraciado, honra de Venezuela y de la América Española.

Este simpático y popular poeta publicó en el año de 1878, bajo el título de *Flores y Lágrimas* una colección de sus composiciones poéticas, precedida de un magnífico prólogo del ilustrado literato señor don Julio Calcaño. Viéndonos privados del placer de insertar dicho prólogo por ser demasiado extenso para las columnas de este periódico, nos limitamos á tomar de él los siguientes párrafos:

"Entre nosotros se desconoce por completo el influjo que la poesía ejerce en la civilización de los pueblos, y aun se sostiene que es un arte gastado que ningún nuevo atractivo puede ofrecer al alma; lo que más que otra cosa explica el poco aprecio en que se tiene á nuestros poetas, mártires que viven muriendo por la fe de esa religión misteriosa cuyo verbo sagrado le murmuran al oído las ondas del mar, el viento de las montañas, todos los ruidos de la naturaleza, todas sus poderosas conmociones, todas las grandes catástrofes, todos los sueños y todas las aspiraciones del alma, el susurro de una hoja, el sonido de un beso, un suspiro.

Y no obstante, esa domeñadora de la pasiones, ese auxiliar abnegado de la ciencia, es una de las palancas del progreso humano y se enseñorea del corazón del hombre, en el cual liba, como la abeja en el cáliz de las flores, el néctar con que fabrica la celeste miel.

No es verdad que no haya nada nuevo debajo del sol, que todo esté ahí desde el principio del mundo; pues éste vive en perpetua gestación, sirviendo, en los fines inescrutables del Supremo Poder, á la ley del progreso, y todo cambia, todo se transforma, en el reino animal como en el vegetal, si bien todo es único é inmutable en su esencia, como es inmutable y única el alma.

Sostener lo contrario sería publicar á son de trompa que nos habíamos embriagado en la copa de las Ménades.

El verdadero mérito de la poesía está en su forma, porque la poesía es eterna é inmutable como soplo divino, y sólo su forma es la que cambia, la que se transforma en la vía del progreso, según el grado de civilización de los pueblos y el genio del ungido por los dioses, en cuyas manos han puesto las musas el laúd de oro.

De modo que las obras de un poeta son el reflejo de la civilización de la sociedad en que vive, el espejo de sus costumbres, que ensalza ó condena; de sus grandes hechos, que celebra; de sus desgracias, que llora; y de sus esperanzas, que canta; y en el fondo del pensamiento que preside á sus creaciones, el poeta deja ver su propia alma, la extensión de su genio, su carácter propio, sus pasiones, sus virtudes y sus vicios, y es para el pensador escuela viva del corazón humano y aún para el hombre de ciencias enseñanza provechosa de misteriosos fenómenos fisiológicos.

El carácter de la poesía de Domingo Ramón Hernández, el poeta más popular de Venezuela, es testimonio vivo de estas verdades que sentamos.

. . . . . .

La musa de Domingo Ramón Hernández se distingue principalmente por la gracia, el sentimiento y la finura. Su filiación está en la escuela romántica moderna, que poniendo á un lado la exageración rinde culto á la estética como la palabra sagrada del arte. Nada le debe á los poetas antiguos: ni Horacio le ha prestado su vigorosa penca, ni Ovidio su verbosidad cortesana, ni Teócrito ó Virgilio su delicada zampoña. Hijo de este siglo tan brillante pero tan combatido por las tempestades morales, y de esta patria cuya existencia es una batalla continuada, su poesía es una lamentación, un grito del alma aprisionada por los hierros de la desesperación en la cárcel del dolor. Domingo Ramón Hernández es el poeta más popular de Venezuela, porque es el que mejor expresa los sentimientos que luchan en el corazón del pueblo."

De lo que escribió el señor don Felipe Tejera en su obra titulada *Los Perfiles Venezolanos* respecto de nuestro poeta Domingo R. Hernández, extractamos lo siguiente:

"Este esclarecido poeta, el más popular de los nativos, nació en la ciudad de Caracas el 4 de agosto de 1829. Hizo sus primeros estudios en el Colegio de La Paz, que regentaba don J. I. Paz Castillo, y comenzó á darse á conocer por el año de 1847. Desde entonces sus versos, siempre numerosos, espontáneos y naturalmente sentidos, ó á las veces sarcásticos y amenazadores, como la expresión profunda de un alma combatida de acerbos dolores y desengaños crueles, que se contempla aislada en medio al torbellino de la tierra, luchando empero á brazo partido con el destino: sus versos repetimos, han corrido desde entonces de boca en boca, no ya sólo por todo el contorno venezolano, sino también por toda la América latina y la misma Madre Patria, granjeándose donde quiera el amor de las almas generosas, por aquella melancólica dulzura, y aquel timbre de arpa americana, y aquella música deliciosa, al par que grave, que caracteriza y distingue entre nosotros su índole poética. Los versos de este bardo parece que tienen alas, pues apenas ven la luz pública, cuando se les oye decorar por todas partes y arrancar más de un suspiro de corazones insensibles, largo tiempo sumidos en la indiferencia. Amigo de la gloria, él ha cantado las hazañas ilustres de nuestros mayores, con tonos propios de la epopeya; ha pintado costumbres nacionales en el magnífico canto de *El Llanero;* su voz emula la majestad de los Salmos en su oda *A Jehovah*. Cuando llora la pérdida de un hijo pequeñuelo, sus versos saben á lágrimas y nos hace recordar á Ossian gimiendo inconsolable sobre la tumba de Oscar. ¿Quién no sabe de memoria aquellas estrofas inmitables con que pinta Hernández las vanidades de la vida en sus *Alas de Mariposa*, verdadera Dolora llena de amargura, que no desdeñaría la musa de Campoamor; y aquel sauce derribado, imagen lastimosa de las venturas pasadas; y aquella *Flor de Muerto*, fúnebre y tristísima como una elegía de ultratumba; y aquel romance al *Río Caurimare*, en que el bardo consagra sus endechas al objeto adorado, cuyo sólo recuerdo mueve los más delicados acordes de su lira; y tantas otras bellísimas y ya populares composiciones, todas reveladoras de un vigoroso numen poético y de un espíritu noble acrisolado en los días amargos de la vida, y que, como aquel ruiseñor de Rioja, más precia su pobre nido adornado de paja y leves plumas, que halagar con canto de lisonja el oído de los poderosos."

LA CRUZ SOLITARIA

—

Los que un tiempo te adoraron
Y de flores te vistieron
Y con cirios te alumbraron
¿Dónde están? ¿A dónde fueron,
Que hacia tí jamás tornaron?

Solitaria cruz divina,
No te ofrenda alma ninguna,
Y en tu desamparo y ruina,
De la ya menguante luna
Sólo el fanal te ilumina.

Y aun á los fulgores muertos
Que de estos mundos desiertos
Coloran la soledad,
A la ingrata humanidad
Tiendes tus brazos abiertos!!

DOMINGO RAMÓN HERNÁNDEZ

EL ULTIMO ADIOS

Á MI AMIGO DOMINGO GARBÁN

—

Yo vine de un reino
Brillante y hermoso
Que al lejos diviso
Tras diáfano azul;
Mi asiento dejando
Y en él mi reposo
Por único timbre
Me traje un laúd.
Canté la ventura
Que irradia en la frente
Del niño que ignora
La suerte común,
Que ingrata nos guía
Del sauce doliente
Al pie, donde hallamos
La fosa y la cruz.
Canté las ficciones
Que engendra en las almas
La rica en delirios
Febril juventud,
Avara de goces,
Ansiosa de palmas,
Bajo astros que ahuyentan
Del duelo el capuz.
Canté la esperanza,
La maga divina
Que dichas promete
Lejanas aún:
Canté la fe ardiente
Que vió Palestina
Brotar de los labios
Del mártir Jesús.
Canté de los genios
La fúlgida gloria:
Canté el heroísmo,
Canté la virtud:
Canté cuanto grande
Refleja la historia,
Y al Dios de quien besa
La planta el querub.
Mas ¡ay! si desdeñas
¡Oh mundo! mi canto,
Y en tí me devora
Terrible inquietud,
Adiós para siempre! . . .
Ya el vuelo levanto,
Que aun brilla vacío
Mi trono de luz.

DOMINGO RAMÓN HERNÁNDEZ

EN UNA TEMPESTAD

A MI AMIGO H. CHAUMER

—

Negra nube circunda el horizonte
No ha mucho de oro y de zafir cubierto;
No alegra el claro sol valle ni monte
Y están mudas las aves del desierto.
Pliega la flor su broche delicado,
La culebra se enrosca soñolienta,
Todo yace en silencio sepultado
Presintiendo el furor de la tormenta.
Y en tanto que la lluvia se desprende
Y el viento calla entre las verdes hojas,
La nube avanza, con fragor se enciende,
Y rayos vibra cual serpientes rojas.
Crecen las fuentes, se desborda el río
Y arrastra labrador, yunta y arado,
Y un cuadro forman lúgubre y sombrío
Cielo, valle, colina, monte y prado.
Mas pronto sobre azul claro y sereno
Tendido con sus gasas de colores
El iris brilla, y enmudece el trueno
Las aves cantan y ábrense las flores.
Como reina de mágica hermosura
Recobra su esplendor Naturaleza,
Sólo en torno á mi espíritu perdura
Negra la nube de mortal tristeza.

DOMINGO RAMÓN HERNÁNDEZ

LA ADORACION DE LOS MAGOS

—

Por adorar al Dios cuya venida
Anuncia de los cielos en la altura
El nimbo de una estrella que fulgura
Con luz de claridad desconocida,
La sacra fe llevando por egida,
Van los Magos, radiantes de ventura,
Hacia Belén, que duerme en la llanura
Entre olivos y palmas escondida.
Llegan, y en el establo en que se siente
De invisibles espíritus un coro,
Ante el Dios de Israel doblan la frente,
Dándole por ofrendas, del tesoro
Que avaro y rico acumuló el Oriente,
Granos de incienso y mirra y perlas de oro.

DOMINGO RAMÓN HERNÁNDEZ



D. Domingo Ramon Hernández

LA PROFECIA DEL ULEMA

—

Estambul la perezosa
Cabe el Bósforo tendida
Expirar tras de Tofana
Mira ya la luz del día.
A medida que el sol huye
Y las sombras se aproximan,
Va llenándose de antor-has
Que la alumbran é idealizan.
Cual sultana á quien rodean
Vaporosas odaliscas
Que las sienes le coronan
De brillante pedrería.
Sobre mirtos y cipreses
Vense alzarse sus mezquitas,
La soberbia Suleimania,
La gentil Santa Sofía.
¡Oh dolor! ¿Y es esta aquella
Donde un tiempo de rodillas
Al Dios mártir del Calvario
Alabanzas se rendían?
¿Cómo en vez de la cruz santa
Esa media luna brilla?
¿De esos cuatro minaretes,
Tú, Isidoro, (1) qué dirías?
Las de pórfido y de jaspe
Columnatas tan altivas,
Del pagano un tiempo orgullo
Y del Orbe maravilla,
Que del Sol y Diana al templo
Dió la ciega idolatría
¿Para tál, Efeso y Roma,
Enviásteis convertidas? (2)
¿No ha quedado en su recinto
Algún eco que repita
Una nota, por acaso,
De los cantos del salmista?
Penetremos—¡Qué desierto!
Qué tristeza se respira
En la nave ayer sagrario
De la santa Eucaristía!
En la paz de un cementerio
Yace hundida la mezquita—
Mas ¿qué forma ó sér humano
Allí inmóvil se divisa?
Su talante y vestidura,
Su gran barba encanecida,
Y la hora, y el silencio
Y actitud en que medita,
Dejan ver que es el Ulema
Que anda en labios de la villa
Por sus aires misteriosos
Y su gran sabiduría.
Y allí está, como refieren,
La siniestra en la mejilla,
Y apuntando á una columna
Frente á él—siempre la misma—
Lentamente aclara el ámbito
Una débil luz pajiza
Que él no advierte, dado todo
Al pensar en que se abisma;
Y ve entre él y la columna,
Cual por ella producida,
Una sombra frente á frente,
Que se encarna y que se anima.
La dulzura de sus ojos
Le penetra y le cautiva;
Y aunque cerca, su voz oye
Cual de siglos emitida:
—Dime, dime, buen Ulema,
Que el Dios vivo te bendiga,
¿Qué te apega á esta columna?
¿Algo oculto aquí te guía?
Será acaso luz del cielo,
Que á tí sólo te ilumina;
Porque todos van y vienen,
Y ninguno hacia aquí mira.
—Buen anciano, buen anciano.
(El Ulema le replica)
Aunque infiel no te pregunto
Cómo entraste en la mezquita:
El respeto me lo veda;
Que en tu frente en claras líneas
Con asombro estoy leyendo
La gran suma de tus días.
Yo no sé, no sé quien eres;
Que eres monje sí me indican
Ese largo *comboloio* (3)
Y esas ropas carmelitas.
Pero hoy es, por buen acaso,
Oportuna tu visita:
¿Sabes tú qué fecha es esta?
—Creo que sí... Ya Mayo expira... (4)
—Sabio monje, que amas veo
La inmortal sabiduría:
Oye, pues, algo que ignoras,
Y muy cierto, por desdicha.—
Tal diciendo, de su pecho
Una hoja saca escrita;
Mientra el monje por sus labios
Vagar deja una sonrisa.
—¡Alá quiera perdonarme!
Vas á oír mi profecía!
Mía nó; me fué dictada,
Tiempo ha, por voz divina.
—¿Perdonarte? (dijo el monje)
La verdad, de Dios es hija;
Y ofenderle nunca puede
Quien la sabe y la predica.
Sigue, sigue, buen Ulema,
Que es el cielo quien te inspira:
Cuando acabes, te prometo
Darte prueba decisiva.
—Seré breve. Ha muchos años,
Siglos yá, la cruz se erguía
Donde está, sobre este dombo,
Del Profeta la alta insignia.
Mahomet el Victorioso
Vió á Estambul y ardió en codicia;
E intimó con arrogancia,
Que por suya la quería.
La repulsa le halló fuerte:
Con sus lonas á la brisa,
Sus tres cientos de galeras
Todo el Bósforo cubrían;
Y el ejército de tierra,
Numeroso como espigas,
La cercaba coronando
Sus contornos y colinas.
El estrago y la matanza
Duran días y más días;
La bombarda que retruena,
El fragor del rayo imita.
Rojo incendio es el espacio,
Con las bombas despedidas;
Ignea sierpe el Cuerno de oro,
Con las llamas que vomita.
Entre tanto, tus hermanos,
A su Dios vuelta la vista,
Cual si nada aconteciese,
Con la fe que los anima,
Ni sus templos ni oraciones
Descuidaban por un día;
Y se oían sus campanas,
Que llamaban á la misa.
Mahomet al cabo triunfa:
Asolada, no rendida,
Con su alfanje en sangre tinto,
La ciudad entrar le mira.
Y entre tanto que las turbas
Se desbandan, impelidas
Por su sed de sangre y oro,
Y saquean y exterminan,
El, creyendo á Alá dar gloria,
Galopando á toda brida
Aquí vuela desalado...
¡Ay de tí, Santa Sofía!
¡Ay de tí, ya está á tus puertas!
¡Déntro yá se precipita!
Su caballo halló á tus fieles
En tal hora de rodillas.
Con furor, bajo sus cascos
Los aplasta, los destriza;
Y las carnes rechinaban,
Y los cráneos recrujían!
Oficiaba en tanto un monje;
Y era el punto en que á alzar iba...!
Bajó el ara con la hostia,
Que en sus dedos fulgecía.
Vuela á él el Victorioso...—
Como sombra se disipa...
El altar quedó desierto,
Y la misa interrumpida.
Qué se hiciera, nadie supo...
Hoy lo sé, tras tantos días...!
—Decir puedes que le has visto;
Tan fiel es lo que recitas.
—¿Cómo sabes...?
—Sigue, Ulema,
Que es el cielo quien te inspira:
Cuando acabes, te prometo
Darte prueba decisiva.
—¿Ves, O monje, esta columna?
—Sigue, Ulema...
—Ya caía
El alfanje en su cabeza
Y á rodar por tierra iba,
Cuando en ella se abre y cierra
Invisible puertecilla...!
Desde entonce está ahí el monje,
Centinela en su garita.
—¡Centinela de la noche!
¿Qué hora es...?—Ya viene el día...!
(Clama el monje en voz profética,
Con palabras de Isaías)
—Y así es! (dice el Ulema)
Se dijera que adivinas
Lo que falta por decirte
De la oculta profecía.
¡Ay de tí, Reina del Bósforo,
Que se acerca tu caída!
Ay del libro del profeta!
Y la fe del islamita!
A ser templo del cristiano
Volverá Santa Sofía;
Y saldrá de su columna
Ese monje que la habita,
A acabar el sacrificio
De la misa interrumpida...!
Creo ya verle, que de ahí sale...!
—¡Sí, le ves, está á tu vista!—
Dice el monje; y exclamando
"¡Dios, Ulema, te bendiga!"
Una cruz le hace en la frente,
Y se vuelve á su garita.—
Nadie supo del Ulema;
Que al hallarle al otro día
Muerto en pie, como una estatua,
El Muftí, le enterró á prisa:
Pues con pasmo vió en su frente,
Cual señal con él nacida,
Indeleble á todo esfuerzo,
De Jesús la cruz bendita:
Vió su mano aun apuntando
Al pilar que al monje abriga;
Y en la otra abierto el texto
De la santa profecía.

José Antonio Calcaño

Caracas, 24 de Junio de 1892.

(1) El arquitecto que reedificó á Sta. Sofía.
(2) Para su construcción se llevaron á Constantinopla ocho columnas de pórfido del templo del sol en Roma, y ocho de jaspe del de Diana en Efeso.
(3) Rosario.
(4) Constantinopla fué tomada el 29 de Mayo. (1453)

EL CORDONAZO DE SAN FRANCISCO

—

Al Dr. D. Juan Bta. Castro (arcediano)
De la Academia Española de la Historia

—

No hay en Venezuela así como en las Antillas y gran porción de las costas americanas, quien no conozca el título de esta leyenda y lo que él significa. En Caracas y otras ciudades, al comenzar los primeros días del mes de Octubre, si por casualidad se presenta alguna lluvia acompañada de fuerte viento y de descargas eléctricas, la mayoría de los habitantes piensa, á un tiempo, en el Cordonazo de San Francisco, que por lo regular, tiene efecto el 4 de Octubre, día en que la iglesia católica conmemora al mártir de Asís.

¿Qué quiere significarse con este título, del Cordonazo de San Francisco? Es equivalente de tempestad, de tormenta: es el nombre cristiano del fenómeno meteorológico que se presenta en la época del equinoccio de Otoño, en obedecimiento á leyes inmutables del organismo terrestre. En el océano el Cordonazo está representado por el viento desencadenado que levanta y entumece las olas, que azota los escollos, las costas, sepulta las embarcaciones: por las nubes de aspecto siniestro que, preñadas de agua, se agitan, y en cuyos dominios centellea la fuerza eléctrica que se descarga enfurecida, hiende los aires en zigzag y lléna los espacios de ruidos que repercuten en lontananza: es la lucha de las regiones de la atmósfera con las aguas del océano. En tierra el Cordonazo arranca los árboles seculares, llévase como aristas los techos de las casas, flagela, destruye ciudades y aldeas, y en su curso circular, se introduce por las cañadas, se apodera de los valles, siempre destructor, hasta extinguirse. Los aztecas llamaron al Cordonazo *huracán*, que equivale á *corazón de la mar, corazón del cielo y de la tierra:* Los Nahuas no podían concebir al autor del Universo sino en el cataclismo, cuando bambolean las montañas y se estremècen los continentes, cuando el océano enfurecido, vertiginoso, terrible, se retuerce en la profunda cuenca que le sirve de prisión. La ciencia moderna, en atención al curso circular del huracán, le llama ciclono. De manera que ciclono, huracán ó Cordonazo de San Francisco, son nombres de un mismo fenómeno, ya en los mares de la India, ya en el mar de las Antillas, ya en el interior de las islas y de los continentes.

Se comprende que este nombre de Cordonazo de San Francisco dado á uno de los ciclonos de Octubre, época del equinoccio de Otoño, no puede referirse sino á la época que siguió al descubrimiento del Nuevo Mundo; y nada más natural á los marinos españoles que comenzaron la navegación del Atlántico, que bautizar con nombre tan expresivo á la tempestad que se presentaba el 4 de Octubre, día del santo franciscano, quien aparece siempre de súbito, fustigando con el cordón la ola, sepultando á unos náufragos y salvando á otros, que en los grandes cataclismos de la naturaleza no todos los seres están destinados al sacrificio. Que la tempestad se presente el 4, ó días antes ó días después, ó en cualquier mes del año, poco importa, pues ya el uso ha establecido que Cordonazo de San Francisco equivale á temporal, huracán, tempestad, ciclono, en todos los mares del globo.

—

En la historia de la Antilla española San Juan

de Puerto Rico, se menciona el huracán ó Cordonazo que azotó toda la isla el 4 de Octubre de 1527. Espantoso fué el estrago que hizo por los campos y ciudades este temporal. En otras Antillas se ha presentado el fenómeno en el mismo día 4 de Octubre. En muchos lugares de Venezuela la coincidencia del huracán con el día del Santo es un hecho reconocido. No hace muchos años que una manga de agua, acompañada de fuerte viento, de descargas eléctricas, se precipitó en las fuentes del Caroata, produciendo la súbita creciente de este riachuelo, que destruyó el Puente Nuevo. Esto pasó el 4 de Octubre de 1878. Y una tempestad descargada al Norte de la ciudad, en el mismo día 4, por los años de 1830 á 1831, produjo tal inundación en la quebrada del Catuche, que las aguas al formar una laguneta artificial, minaron parte del barranco que linda con los corrales en la antigua calle de la Caja de Agua. A consecuencia de esto la calle se va reduciendo, y dentro de poco la pared Sud del barranco acabará de hundirse.

Cuando en las antiguas épocas de Caracas el Cordonazo de San Francisco se anunciaba en los primeros días de Octubre y estallaba con fuerza, todas las familias, desde la pobre cabaña hasta la casa más notable, obedecían á un mismo sentimiento: el de la salvación. [1]

Hace muchos años, que por casualidad oímos narrar un incidente que había pasado en el templo de San Francisco, en uno de los días de la fiesta del Santo, 4 ó 10 de Octubre, á mediados del último siglo, por los años de 1750 á 1760. No conservamos el nombre del franciscano español que en el suceso figura, pero sí los principales pormenores de éste.

Eran épocas de fe. Predicaba en uno de los días del octavario de San Francisco en el templo de este nombre, un franciscano talentoso que acababa de llegar de España, en pos de ciertos intereses de familia. Había subido á la cátedra sagrada y expuesto el tema de su discurso, cuando de súbito se oscurece la mañana, sopla el viento con fuerza amenazante, cae la lluvia con ruido. «El Cordonazo,» repiten muchas voces, cuando de repente cruza un zigzag los aires y tras de éste, estremécese el templo al choque de descarga eléctrica que parecía estallar en uno de los patios del Convento. Al pronto la muchedumbre que llenaba las naves de la Iglesia se levanta, y toda ella como poseída de terror, exclama: «Misericordia, Señor, misericordia!» Trata de huir, pero no puede, porque las puertas han tenido que cerrarse para evitar la entrada de la lluvia. Oscurecido como estaba el día, sólo era alumbrado el templo por la débil luz de las arañas y de los altares, y la remisa de las claraboyas.

El joven orador, que se había detenido al sentirse la descarga, sereno y atento permaneció, al comenzar el desorden de la muchedumbre que, llena de pavor, buscaba la salida. «Silencio, silencio,» exclama en repetidas ocasiones con voz sonora, y poco á poco fué restableciéndose el orden. «De rodillas, ante los decretos del Altísimo,» exclama de nuevo el orador, y la muchedumbre se postra, sin que se percibiese más que el sollozo de alguna madre. El joven franciscano extiende entonces ambos brazos, y los dirige de derecha á izquierda y de izquierda á derecha, como en señal de amparo á la muchedumbre conturbada. El Cordonazo continuaba, la lluvia caía á torrentes, los zigzag se sucedían, y el trueno repercutía en lontananza, con gran ruido. Entonces el orador habló.

«En el momento del peligro, señores, se teme: pasado éste se ora y se eleva el corazón al dispensador de todos los beneficios. Estamos en el templo del Apóstol de Asís, y una de las grandes virtudes de este varón excelso fue la hospitalidad.»

De repente cae otra descarga cercana, y el auditorio asustado quiere levantarse del suelo en ademán de huida, pero el orador, sin perder su aplomo, lo impide. «Levantad vuestros corazones solamente al autor del Universo,» dice entonces; y tomando imponente actitud y con los brazos extendidos, exclama: «Sí, sí, os aseguro, hermanos míos, que esa tempestad no pasará de los linderos de este templo. Hay quien pueda conjurarla.» Y después de breve pausa, y en medio de augusto silencio, continúa. «El Apóstol de Asís, cuya fiesta celebran en estos mismos días todos los pueblos de la cristiandad, en toda las latitudes de la tierra, no es azotador ni verdugo de la humanidad, ni se complace en sacrificar víctimas en las prolongadas horas del peligro. El Cordonazo de San Francisco es uno de tantos nombres con los cuales se conoce la tempestad en los dilatados mares de América, así como se llama Santa Bárbara el depósito de pólvora en los buques de guerra, mal de San Antonio á la lepra de que sufren tantos desgraciados, mal de San Lázaro á la elefancia que ataca á tantos infelices. Si existen desheredados en la sociedad, porque en ésta la conservación es necesaria, no hay desheredados de Dios, ni de aquellos que han enseñado á amarle por medio del dolor, de la mortificación y del hambre. San Francisco está en el huracán y en los campos desolados por la guerra, por la plaga, por la epidemia, por el hambre. Donde quiera que le invoquéis, él aparece, no como azote, armado del cordón que flagela, sino con la mansedumbre del cordero, con los brazos extendidos, con las manos donde estampó el Salvador los estigmas del dolor. El, él es quien en estos momentos de angustia intercede por nosotros. La tempestad ha pasado, señores, tornemos á las alegrías del día y celebremos al Santo entre los Santos.»

Y el orador continuó su discurso interrumpido por el Cordonazo de San Francisco. [1]

Este incidente no imprime carácter al hecho de llamarse Cordonazo de San Francisco al ciclono. Es un suceso local que puede haberse repetido ante los grandes fenómenos del mundo físico, en todas las regiones de la tierra. Mas sucesos de otro orden sobran para crear la leyenda americana referente al Cordonazo: hechos históricos, conmovedores, de grande enseñanza.

Para crear la leyenda americana del Cordonazo de San Francisco, debemos penetrar en la historia del insigne Colón, seguirle en los diversos huracanes que le persiguieron, después del descubrimiento del Nuevo Mundo. Las desgracias del famoso Descubridor, las persecuciones y vejaciones que recibió de sus malos enemigos, la llegada de los frailes que al mando del virtuoso Fray Alonzo de Espinar, arribaron á la Española, en 1502, con el único objeto de plantar en la isla las órdenes religiosas del Apóstol de Asís; la llegada de la famosa escuadra de Nicolás de Ovando, y tras ésta el arribo de la flota de Colón, para quien estaban cerrados los puertos de la isla; el huracán que amenaza á la misma escuadra de Ovando que debía regresar inmediatamente, conduciendo á los enemigos del Almirante; el pronóstico de éste cuando suplica á sus enemigos que no salgan, porque les amenaza muerte cierta; la destrucción de toda la escuadra y muerte de Bobadilla, Roldán, etc., y de los tesoros que llevara, la salvación en fin de Colón y de su hermano: todos los incidentes de esta noche de venganza que parecía obra del destino. . . . hé aquí donde encontraremos los argumentos de la leyenda titulada, EL CORDONAZO DE SAN FRANCISCO.

La primera tempestad de la cual se salvó Colón en su regreso á la Española, después de su primer viaje, fué en 1493. El Almirante, al verse en peligro, hizo promesas de llevar á término ciertas romerías y la suerte le protegió en tres ocasiones. La primera tempestad que estremece las costas de la Española, después del descubrimiento del Nuevo Mundo, se verificó en Octubre de 1495, al desembarcar Juan de Aguado y sus secuaces, este primer fanfarrón enemigo gratuito del Almirante. Los moradores indios decían que jamás se había visto huracán más horrible, pues todas las carabelas fueron destruídas. Para los indígenas aquello fué un castigo de Dios contra los hombres blancos que tanto mal hacían á los infelices moradores de Haití.

Regresó Colón á España en 1500, después del tercer viaje, é iba preso y lleno de cadenas. Había salido á comienzos de Octubre y llegó acompañado de buen tiempo. San Francisco le había favorecido llevándole salvo á las costas españolas en 25 de Setiembre. Sábese que Colón pertenecía á la orden de los Terceros, y que con frecuencia nombraba á San Francisco en sus tribulaciones. Acostumbrado el hábil piloto á ser perseguido por las tempestades, desde aquella que le sorprendió en las Islas Canarias y Azores, antes de emprender su primer viaje al Nuevo Mundo, aprendió en todas ellas á vencer con la ciencia, con la prudencia y con la fé. Así logró salvarse y salvar sus tripulaciones que llegaron á verle como oráculo. Ya le veremos generoso y espléndido como siempre, tratar de salvar á sus enemigos, en situación angustiosa, terrible.

En la conquista de la Española, figuraron, después del segundo viaje de Colón, dos hombres calificados por la mayoría de los cronistas castellanos y extranjeros, como espíritus vengativos, protervos, de innobles pasiones, que se propusieron acabar con Colón y sus glorias y no llegaron á alcanzar sino desastrosa muerte, como premio de las tropelías que infirieron al Descubridor del Nuevo Mundo. Estos malos hombres llevaron un mismo nombre, el de Francisco: Francisco Roldán fue el uno, Francisco Bobadilla el otro.

Francisco Roldán había sido criado de Colón, quien le había sacado de la miseria y de la oscuridad; y como poseía talento natural y actividad no le faltaba, llegó á obtener en Santo Domingo el empleo de alcalde ordinario de la Española. En posesión de la confianza del Almirante, éste, en momentos de regresar á España, nómbrale juez de la isla. Alma depravada, despojada de todo brillo y abrumada por las consideraciones que recibiera, no pasó mucho tiempo sin hombrearse contra su protector, y en 1497 dió el grito de rebelión contra el Almirante. Desde este entonces comienzan las fechorías de este ruin, devorado por la más torpe envidia. Vencido y perdonado por Colón, hubo de humillarse de nuevo ante su protector, para de nuevo levantarse con más furia y recibir beneficios. En la historia de la conquista de la Española, si el papel desempeñado por Francisco Roldán le hace aparecer como espíritu menguado é infame, el de Colón resalta por el talento, por la generosidad y prudencia con que supo vencer á su implacable enemigo. [1]

Cuando en 1500 el Gobierno de España envía á Francisco de Bobadilla con el único objeto de perseguir á Colón, los dos Franciscos se unieron en estrecha alianza. En las tropelías y vejaciones cometidas por Bobadilla contra el Almirante, Roldán aparece siempre al lado del terrible perseguidor que pudo desplegar los dobleces de su alma contra el Descubridor del Nuevo Mundo, dejando á la historia nombre excecrable. Ya veremos como el premio de tantas maldades ejercidas por aquellos hombres contra Colón lo encontraron en las olas embravecidas del océano.

¡Qué días aquellos, los de Julio de 1502! Cuántos acontecimientos inesperados, cuántas desgracias imprevistas, cuánto azote y cuánta justicia, cuando la naturaleza se hizo cargo de salvar á los justos y de castigar á los criminales, siempre enloquecidos, cuando víctimas de feroces pasiones, no aceptan como factor la lógica divina que aparece siempre en los grandes cataclismos de la sociedad humana! Colón había salido de la Española, después de su tercer viaje, cargado de cadenas, y así lo remitió Bobadilla á los Reyes católicos, cual criminal infame que no merecía sino el desprecio. Y los Reyes católicos al recibirle, le libertan de tanto oprobio, condenan á Bobadilla, le suspenden, le llaman y le ordenan que «restituya al Almirante y á sus hermanos, su hacienda, vestidos, escrituras y cuanto les había tomado, sin que nada les faltase, y que cumpliera puntualmente con lo demás que tocante al Almirante se le había ordenado, etc., etc. Y añadió el monarca que si el oro y todo lo demás que Francisco de Bobadilla tomó al Almirante y á sus hermanos, lo hubiese gastado y vendido, se le hiciese luego pagar.» [2]

Portadora de estas órdenes sale para la Española la famosa flota de Ovando, en Febrero de 1502; llevaba á bordo dos mil quinientos hombres, en

---

[1] En épocas remotas, el cordonazo de San Francisco en Caracas, sea que éste se verificase en Octubre ó en otro mes del año, ponía en movimiento las familias. Las señoras ricas se vestían de seda, se cubrían con pañolones de China y se encerraban en sus dormitorios, durante el temporal, después de haber llenado con seda rendijas de puertas y ventanas. Creían que así podían salvarse de toda chispa eléctrica. Al mismo tiempo se colgaban del cuello un Agnusdei, y oraban indistintamente á Santa Bárbara, á San Francisco y á San Andrés, en los altares de la familia. También se encendía una bujía de cera que hubiera figurado el jueves santo en algún monumento de la capital.

En las casas de los pobres no había vestidos de seda ni telas de la misma materia para rellenar las hendiduras de las ventanas, pero sí abundaban tras de todas las puertas de las casas crucesitas de la palma bendecida el Domingo de Ramos. Al comenzar la tempestad con su cortejo de rayos y de truenos se quemaban delante del altar pobre, hojas de palma bendita y se ponían cruces de la misma en platos ó vasijas, al aire libre. Si ya hoy las palmas del Domingo de Pasión no brillan ataviadas de flores y de cintas en las ventanas de todas las familias del poblado [ricas y pobres], como acontecía durante siglos, las crucecitas de palma no faltan tras de las puertas del hogar humilde, siempre dispuesto á orar, á elevar su pensamiento al cielo y quemar cruces de palma, durante las horas de la tempestad.

Los gaiteros queman palmas al presentarse la descarga eléctrica: quizá sea esta costumbre heredada de los castellanos. En los campos de Barlovento, los peones agricultores ponen en el suelo las hachas con el filo para arriba durante la tormenta. Esta costumbre que obedece á leyes físicas, fue introducida por los vascos, en los días de la Compañía Guipuzcoana.

En muchos pueblos de la tierra existe la creencia de que con la descarga eléctrica vienen piedras, las que llama el vulgo, acá, allá y aun en los pueblos de España, *piedras de rayo, piedras de centella*. Por esto se dice en muchos pueblos de la Península "*La piedra de rayo* libra á quien la tiene de las exhalaciones." "*La piedra de rayo* que cae del cielo cuando hay truenos libra á la persona que la lleva, ó la casa donde está, de ser fulminada." En consonancia con estas supersticiones del pueblo español, hay en Caracas y otros lugares de la República muchas personas que llevan al cuello amuletos pequeños de piedra: son éstos hachuelas del hombre prehistórico de Venezuela, muestras de la antigua civilización indígena.

Y como en la tempestad asusta no sólo el rayo sino también el trueno, sucede que al presentarse aquélla se acuerda todo el mundo de Santa Bárbara. Conocido es el refrán popular que dice: "Se acuerdan de Santa Bárbara cuando truena."

Obedeciendo á costumbres muy antiguas del pueblo español, el de Venezuela, al comenzar la tronada, enciende las bujías bendecidas el día de Nuestra Señora de la Luz. En los rezos de las familias pobres no faltan nunca los versitos dirigidos á Santa Bárbara que comienzan así: "*Santa Bárbara bendita, etc., etc.*"

Nos extenderemos más tarde sobre esta materia al comenzar la publicación de nuestro rico volumen titulado FOLK-LORE VENEZOLANO; lo que equivale á la historia de las creencias, supersticiones, mitología, usos, costumbres, cantares, improvisaciones, refranes, dichos, ciencia popular, adivinanzas, milagros, etc., etc., del pueblo venezolano. En cada capítulo indicaremos el origen, sea éste castellano ó extranjero, pues nosotros, que en esta materia heredamos casi todo de España, tenemos, sin embargo, dos fuentes originales que nos pertenecen: el hombre indígena y el llanero habitante de la pampa venezolana.

[1] En una reunión de familia casa del Deán Quintero, en la cual estaban presentes los Obispos de Guayana y de Tricala, los oradores Alegría y Alvarado, y otros sacerdotes más, hace muchos años, escuchamos narrar estos hechos, con referencia á un franciscano español que visitó á Caracas por los años de 1750 á 1760. El tema había sido, si mal no recordamos, los arranques de la oratoria sagrada, en medio de situaciones angustiosas para la sociedad, como la guerra, las epidemias, los terremotos, el temporal, etc., etc.

[1] Véanse los historiadores de Colón.
[2] HERRERA.—Historia General de los hechos de los castellanos, etc. Década 1ª

treinta y una embarcaciones. Furiosa tempestad la asalta al dejar las costas castellanas: furiosa tempestad la asaltará al dejar las costas del Nuevo Mundo. Sale Ovando y tras de él va Colón, restituido á la gloria, satisfecho, justiciero y siempre espléndido. Va á realizar su cuarto y último viaje que complementará el descubrimiento del Continente colombiano.

Pero al llegar á las costas de la Española, Colón se ve en la necesidad de carenar una de sus embarcaciones; pide licencia á Ovando para entrar al puerto y éste se la niega. Resígnase el grande hombre ante el hado, y previendo que iba á estallar terrible huracán, cuyos estragos temía, envía á decir á Ovando que suspendiera la salida de la hermosa flota, donde iban Bobadilla, Roldán y sus crueles enemigos, pues temía por la vida de tantos desgraciados. Ríense los enemigos de Colón de profecía tan humildemente anunciada, le apodan, le mofan y se embarcan maldiciendo al Descubridor del Nuevo Mundo.

Leamos lo que nos relata el cronista Herrera:

«En llegando Nicolás de Ovando, y que sus provisiones se notificaron, y obedecieron, luego las hizo ejecutar; y porque habían de venir á Castilla los alzados, con Francisco de Bobadilla, en la Capitana se embarcaron con él, Francisco Roldán, el alzado y otros de su opinión, que no fueron pocos; y era como queda dicho General de la flota, Antonio de Torres: también embarcaron en la Capitana al Cacique Guarionex, Señor de la Gran Vega Real: metieron en ella cien mil castellanos del Rey, con el grano de oro de tres mil y seiscientos pesos, y otros cien mil de los pasajeros, que iban en la nao: con que se conoció el poco fundamento, con que calumniaban al Almirante sus enemigos, sobre que los Reyes gastaban, y no sacaban provecho de la Isla: pues eran entonces más estos doscientos mil pesos, que ahora dos millones. Salió la Flota con treinta y un navíos, en principio de Julio, y á cuarenta horas vino tan gran Tempestad, que había muchos años, que otra tal en la mar de España los hombres no habían experimentado: perecieron las veinte velas, sin que hombre escapase, y toda la villa de Santo Domingo, que entonces estaba de la otra vanda del río, como todas las casas eran de madera y paja, cayó en el suelo; y al principio de la tormenta, con la gran oscuridad, que los marineros llaman cerrasón, los navíos del Almirante se apartaron los unos de los otros, y cada uno padeció gran peligro, estimando de los otros, que sería gran milagro, si escapasen, volviéronse á juntar en Puerto Hermoso, ó de Azua, que está cuatro leguas de aquel, poco más, y así escapó el Almirante, y sus navíos, y los de la flota perecieron, por no creerle: allí huvo fin Francisco de Bobadiila, el que envió preso con grillos al Almirante, y sus hermanos, sin darle cargo, ni oírle descargo: allí se ahogó, y pagó su pecado el rebelde Francisco Roldán, y muchos de sus secuaces, rebelándose al Rey y al Almirante, cuyo pan comió y haciendo grandes vejaciones á los indios; allí acabó el cacique Guarionex: allí se hundieron los doscientos mil pesos, con el monstruoso grano de oro. Iba en esta flota Rodrigo de Bastidas, y se escapó en un navío, de los seis, ú ocho que se salvaron, entre los cuales fue uno, llamado el Aguja, el peor, que era el que llevaba la hacienda del Almirante, cuatro mil pesos, que fue el primero que llegó á Castilla, que pareció Divina permisión.»

Así concluyó la vida de los dos Franciscos, el de Bobadilla y el de Roldán, estos corazones envidiosos de la pura gloria del Almirante; así desaparecieron los tesoros reales y particulares, y el famoso grano de oro destinado á los Reyes. Así desapareció la primer ciudad de Santo Domingo, y cundió el luto y el espanto en centenares de familias en medio de horrible desolación. Y todo esto se verificaba en los días en que era introducida en la Española la Orden franciscana y se daba comienzo al primer convento dedicado al Apóstol de Asís. San Francisco se había anticipado en tres meses á su día, el 4 de Octubre, y queriendo castigar á los hombres que, si llevaban su nombre, no ponían en práctica las virtudes que él había hecho germinar desde remotos tiempos, tuvo á bien azotar las olas, encrespar el océano y salvar á Colón, al mismo tiempo que sepultaba en los abismos á Bobadilla, á Roldán y á centenares de corazones depravados.

El Cordonazo de San Francisco, cual azote de Dios, rindió culto á la justicia y condenó al criminal. Colón continuó en su carrera de triunfos. Le aguardaban la admiración de los siglos, los panegíricos de la historia y la gloria de abrir con su grandioso descubrimiento la época de los modernos tiempos.

Aristides Rojas



PUERTO CABELLO. — Los Coquitos (Paso Real)



HOJAS DE DICIEMBRE (Cuadro de M. Jenoudet)

LA CARNE DEL AHOGADO

(DIVAGACIONES CIENTIFICAS)

—

Yo no sé si fué un ensueño, si lo ví en la realidad ó si fue solamente el resultado de mi fantasía exaltada en una de esas horas de profunda abstracción en que se palpan las verdades que la ciencia ha descubierto y se siguen con la imaginación los fenómenos que de aquellas se desprenden. Garantizo, sin embargo, la posibilidad de su realización y me limito á referir simplemente el suceso.

El río que surte de aguas potables al pueblo D... es bastante hondo, viene desde muy lejanos orígenes, corre entre montañas, entre selvas, entre praderas, forma remansos, cascadas, torrentes, se ensancha y hace más lento, se estrecha y hace más rápido según los lugares que fertiliza y acaba por ser profundo, tranquilo y navegable al acercarse á D... cuyos edificios y pintorescos paisajes refleja.

Pocos días después de mi llegada, paseábame una tarde por la hermosa ribera á alguna distancia del poblado en donde son las aguas de una diafanidad encantadora, cuando observé de repente bajo el cristal movedizo una osamenta humana que retenida entre tallos de juncos y ninfeas oscilaba á veces como luchando por desasirse y ascender á la superficie en busca de calor y de aire.

La carne había desaparecido desprendida por la maceración prolongada: quedaba sólo el esqueleto, que constituido por elementos calcáreos insolubles, resistía á los efectos del agua.

¿ Adónde habrán ido á parar, pensaba yo, las moléculas constitutivas de ese organismo que, desde su nacimiento á la fecha de su muerte, lucharía sin cesar con las multiplicadas causas de destrucción que en la naturaleza existen y después de haber triunfado millares de veces sucumbe al fin por una ley fatal é incontrastable?

¡Unión laboriosa de los átomos, congregados al impulso de afinidades secretas, para servir de recipiente á la vida, que es la síntesis!

Separación rápida de los mismos, merced á nuevas combinaciones providenciales, dando lugar á la muerte que es el análisis!

¡ Quién logrará seguir la vertiginosa marcha de la molécula invisible, desde su origen mineral, desde su yacimiento inanimado de donde le extrae la planta para trasportarlo luego á la nutrición del hervíboro en donde le encuentra ya más asimilable el humano organismo !

¡Quién pudiera seguir esa evolución misteriosa que desde el metaloide á la sustancia cortical del cerebro sigue la materia, inerte primero y encadenada á las leyes inferiores, y supeditada después á las complicadísimas leyes de la vida y sirviendo de cuna al pensamiento de donde suben las íntimas aspiraciones á lo eterno y lo infinito y á donde bajan la esperanza y la fe como irradiaciones esplendentes de un supremo destino!

El ensueño, la fantasía exaltada, no sé que fuerza de visión incomprensible, comenzó á resolver á mis espantados ojos el problema! Parecióme que las moléculas diseminadas ya, que habían constituido el cuerpo del ahogado, tomaban una coloración y un brillo especial que me permitía distinguirlas en donde quiera que se hallaban. Con una curiosidad mezclada de la admiración más intensa que haya experimentado jamás el espíritu del hombre, empezé á seguir la nueva faz que me ofrecían los objetos.

Los juncos y las ninfeas que aprisionaban el esqueleto estaban constituidas en su mayor parte de la nueva sustancia: entre las retículas microscópicas de los tallos, entre la clorofila compacta de las hojas predominaba por completo: numerosos pecesillos de tamaños y especies diferentes, llevaban la vestidura del muerto en sus escamas: grupos de nenúfares en flor, flotando en la superficie mostraban el extraño matiz: esos gallardos insectos de dorso metálico y alas casi invisibles, que como la Venus Afrodita nacieron del beso de la luz y del agua y á ella retornan á encomendarle el fruto de su temprana procreación, revoloteaban por todas partes luciendo entre sus arreboles la coloración denunciadora: el aire mismo ondulaba con ella sobre los encajes de las espumas que sobre algunas guijas de la orilla formaba la corriente.

Era día de fiesta y los moradores de la ciudad se diseminaban por los contornos solazándose en la tranquilidad melancólica de la tarde, en la diafanidad del cielo, en la frescura del ambiente, en los juegos siempre seductores de la luz vespertina, postrer caricia del astro que se oculta á la tierra que se adormece.

Mi facultad visual alcanzó entonces el máximo de su poderío!

¡Todos habían libado en la copa del festín! ¡Todos llevaban un girón de la inagotable túnica del muerto!

Reclinada en almohadón de roja seda, envuelta en elegante vestidura que delataba, sin embargo, formas de ninfa, y radiante la faz de juventud y de belleza, destacábase como la figura culminante de un cuadro de Murillo, entre un grupo de alegres bateleras, una mujer, gala sin duda de la sociedad de D... En ella, más que en otra alguna, las fosforecentes moléculas salpicaban los ondulantes cabellos, matizaban la frente; tachonaban las correctas mejillas, se agrupaban incrustrándose en el carmín de la risueña boca. La flor que prendía la cascada de sus negros rizos como una estrella el velo de la noche, pertenecía por completo á la vestidura carnal del ahogado. Era una camelia, exótica en aquellas latitudes, crecida al cariñoso y constante mimo de una mano de artista. ¡Tal vez en sus pétalos sonrosados palpitaban los vestigios de un corazón impresionable á los afectos! ¡tal vez en la onda del perfume que exhalaba bullían los átomos del carbono que consumió en el cerebro la instantánea sugestión de un pensamiento sublime!

Y qué de extraño tenía todo eso? ¿ No eran las aguas del río las que servían de alimento á la población: no habían estas disuelto los restos organizados del cadáver?

Aquella joven, cuidadosa de su belleza y aseo, natural era que usase diariamente para su baño las trasparentes linfas con las que regaría también sin duda alguna los elegantes jarrones de su jardín.

El oxígeno y el hidrógeno, el carbono y el ázoe de las combinaciones cuaternarias, quedaron en libertad, fueron devueltos al inmenso receptáculo de la naturaleza y continuaron facilitando sus elementos fundamentales á los nuevos seres.

La sucesión de los seres es inmensa, innumerable, infinita; la materia creada de antemano, les ofrece, por tiempo limitado, sus servicios. La vestidura que utilizaron los unos se necesita pronto para cubrir la desnudez de los otros. De ahí la eterna lucha, la incesante carnicería entre todos los seres vivos del planeta aguijoneados respectivamente por la instintiva necesidad de la conservación de las individualidades y la propagación de las especies!

De ahí la utilización indispensable de los despojos de la muerte para el sostenimiento de la vida!

¡Muerte! ¡disgregación de la materia! Libertad del átomo que obedecía á la afinidad, á la cohesión, al agrupamiento fisiológico y que al cesar la vida, recobra sus cualidades, su independencia, su personalismo y si antes se arrastraba con el reptil, sube después en la vigorosa remera del águila á las regiones del viento; si antes hervía en el seno del pantano, asciende luego en el vaporoso cendal de las nieblas, se cuelga, como en oriental y lujoso pabellón en las blondas de la nube que entreteje el iris con sus fantásticos matices, sirve de asiento al rayo en las alturas y convertida acaso en materia radiante abandona el limitado recinto de la atmósfera terrestre y sube á invadir los espacios intraestelares contribuyendo en la nebulosa naciente á la génesis de de nuevos mundos en la inmensidad de lo infinito!

Por qué extraños privilegios hubieran podido sustraerse los habitantes de D... á las leyes universales?

¡Todos habían libado en la copa del festín! ¡Todos se habían apropiado un girón de la túnica del ahogado!

RAFAEL DEL VALLE

Caracas: Agosto de 1892.

NUESTROS GRABADOS

D. Domingo Ramón Hernández

En otro lugar de este periódico verán nuestros favorecedores un extracto de las Biografías de este celebrado poeta cuyo retrato damos hoy, escritas por D. Julio Calcaño y D. Felipe Tejera.

F. G. Vollmer

Atendiendo á nuestra solicitud, y consecuente con su galante ofrecimiento, no obsequia hoy de nuevo el señor Wollmer, con otra producción de su ingenio musical. Casi nos atrevemos á asegurar, confiados en la benevolencia del amigo y del compositor, que no será esta la última obra suya con que amenicemos nuestra publicación.

Plaza Salom

Los hijos de Pto. Cabello, al dar el nombre de Salom á una de sus bellas plazas, rindieron un tributo de respeto á nuestras glorias patrias, perpetuando la memoria de este insigne varón, que con hechos muy notables se distinguió en la época de nuestra independencia. La Alameda de esa plaza que verán nuestros favorecedores en el grabado que hoy damos, es uno de los más bellos sitios de recreo de que disfrutan los porteños.

Alameda é Iglesia de San Juan

Tan rica es la vegetación de la arboleda plantada por el activo inspector de policía Dr. Vicente Manzo en la plaza de San Juan, hoy de Abril, que el frondoso ramaje de los árboles oculta el templo de esa parroquia. Lo espacioso de las calles que la circundan y la fresca sombra de los cedros y caobos, hacen muy delicioso aquel recinto, que es visitado frecuentemente por numerosa concurrencia.

El Caratal

Este es uno de los primeros pueblos fundados en la rica región minera del Yuruary y asiento de las Compañías esplotadoras « El Tigre » « La Independiente » la « Nueva Hanza » « Panamá » y otras. De la afamada mina El Callao á el Caratal se va en veinte minutos. Las vistas del Caratal que damos hoy hacen recordar el origen indígena de su fundación y del cual no ha podido desprenderle, ni la merecida fama de sus ricas minas, ni el poder restaurador de la moderna civilización.

El Cabo

Aún existen viejas que *chupan su cabito*. La costumbre vá desapareciendo, como aquella otra vulgarísima de mascarlo. No aseguramos que las que hayan sustituido á éstas, sean más finas. Son más nuevas y esto las abona. Sin embargo tropezamos aún con mujeres llevando su cabo en la boca y el fuego hacia adentro. Véase la muestra.

Pilón de maíz

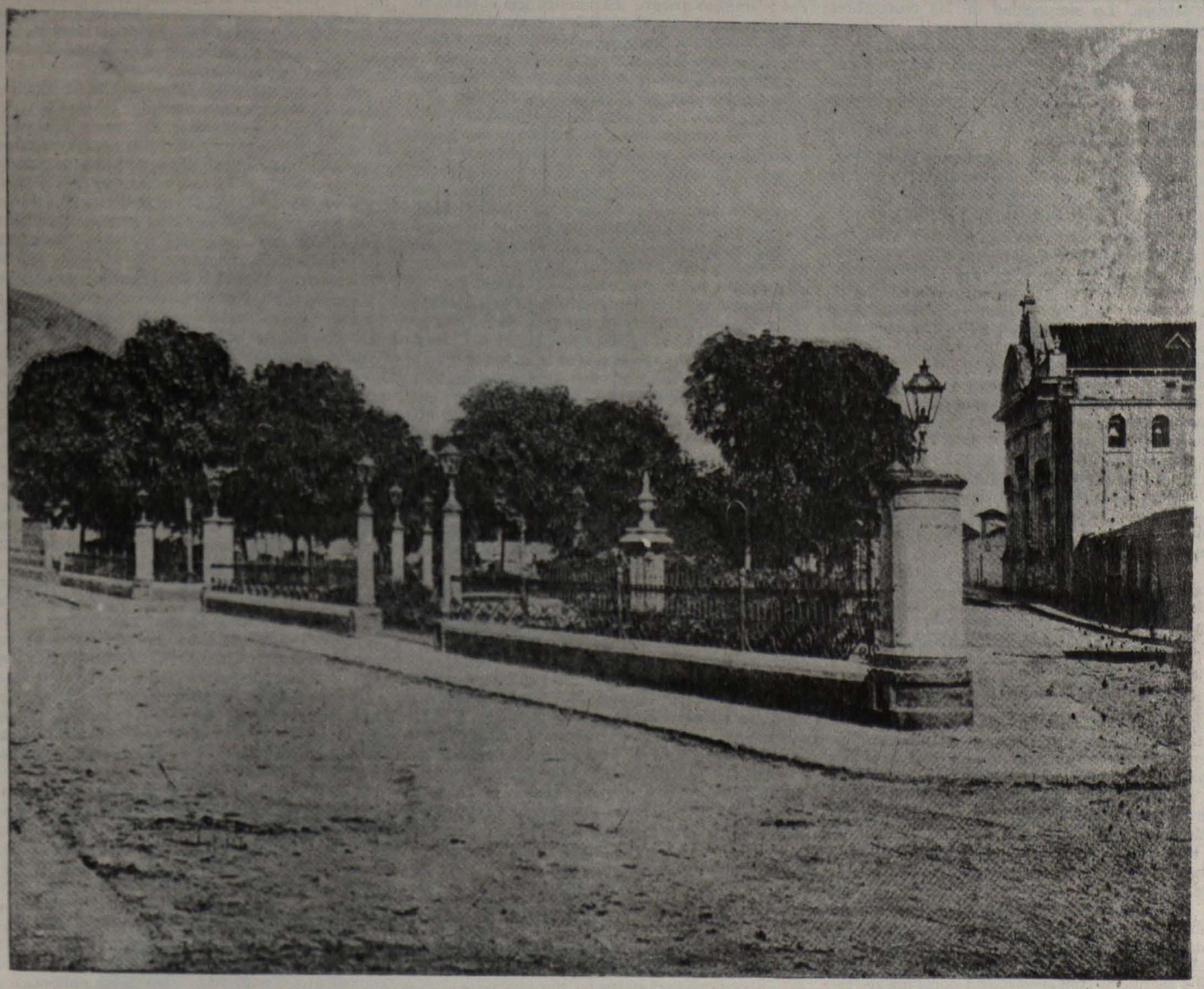
No sabemos á punto fijo que origen tuvo, de donde nos vino, ni quien lo inventó; dícese que es obra de los indios. No juzgamos necesario averiguarlo. Lo que si nos consta es que su uso es antiquísimo, que ha dejado atrás muchas generaciones y que aún existe á pesar de la esforzada guerra que le hacen los pilones mecánicos y molinos especiales inventados por la industria moderna. El fuerte ejercicio del pilón primitivo, evita el uso de las drogas patentadas, que se recomiendan para el raquitismo, pues hace desarrollar los músculos de una manera considerable. A más de esta inapreciable condición higiénica, es de estimarse también la gracia que imprime al cuerpo de las *artistas* de este género, el acompasado movimiento necesario al oficio y cuya escena atrae espectadores, como se ve del grabado que hoy damos y en el que figura un *amateur*.

Los Cocales

Esta elegante y vistosa palma que se eleva majestuosa á grande altura, es una de las que con más profusión se cultivan en nuestras fértiles costas. No sólo es de grande utilidad por los dones que nos brinda con su agua, su almendra, y el benéfico aceite que de ésta se extrae, sino que también puede aprovecharse para adorno de plazas y paseos, como se ha hecho en Pto. Cabello, en el bello sitio de Paso Real y en otros puntos.

Hojas de Diciembre

Del vigoroso y trágico pincel de Jenoudet, descollante siempre en la interpretación de las escenas de la vida que más hondamente conmueven nuestro corazón y abaten nuestro espíritu, es el cuadro que reproducimos hoy; la imagen dolorosa de la tierna y cariñosa niña, encanto de su hogar, está dibujada con tanta maestría, que nos parece ver como se escapa de su pecho en cada suspiro que dá, el poco aliento de vida de que aún disfuta. Completa el buen efecto artístico del cuadro, la imponente figura de la anciana, que parece querer trasmitir con su mirada las fuerzas ya prontas á abandonar aquel joven cuerpo.



CARACAS.—Alameda é Iglesia de San Juan (Plaza de Abril)

VARIEDADES

EL PERU ORIENTAL

(TIPOS Y COSTUMBRES)

El Perú oriental ha recibido diversas denominaciones por motivo de las vicisitudes políticas; pero aún en el mismo país es llamado "La Montaña," ó la región de los bosques. Esta región, regada por el Amazonas superior y sus afluentes, el Ucayalí, el Napo, y otros ríos, es una tierra aislada, una especie de oasis separado del Pacífico por la cadena de los Andes, y del Atlántico por el inmenso valle del Amazonas. La población de este territorio, aún muy despoblado, se compone de indios, de mestizos, de peruanos ó de españoles llegados del lado occidental de la Cordillera; y de algunos inmigrados europeos: alemanes, franceses é ingleses atraídos por la explotación del caucho.

Todas las mujeres sin excepción, pertenecen á la clase de los *cholos* ó mestizos. El elemento indio predomina en esta raza mixta, bien que el elemento caucasiano se revele por una boca cortada en forma de arco, por una nariz aguileña y por delicados lineamientos. Las jóvenes poseen el instinto femenil por la limpieza y el gusto en su tocado. Una simple blusa ó vestido de color rosado ó azul, sostenido por un cordón ó cinta, constituye un traje que es ligero y simpático. Sus cabellos negros, sembrados de botones de rosas y reunidos por una cinta, caen libremente sobre la espalda. Fuera del hogar, llevan un *panamá* caído sobre los ojos y un chal liviano de rayas azules y blancas cubre la parte superior de su cuerpo; pero la humedad de su clima tropical y la pobreza de una habitación nada cómoda, hacen perder poco á poco á las *cholas* el amor á la elegancia; y cuando viejas tienen todo el aspecto de indecentes brujas. Los hombres, vigorosos y rudos en apariencia, tienen la belleza de la fuerza física. La necesidad de contraer afectuosos lazos en las soledades de "La Montaña," torna á los hombres fáciles para recibir el magnetismo de las miradas ardientes de las mujeres mestizas, con quienes ellos se casan sin arredrarse por su curtida piel y áspera voz.

A los indios se los clasifica en dos grupos: los *Infieles* y los *Cristianos*. Los primeros poseen el privilegio de la autonomía; hijos de la naturaleza, llevan la cabeza y pies desnudos, y no usan más vestidos que un trozo de tela con que se cubren de la cintura á la rodilla. De pequeña estatura, y nerviosos, tienen el aire resuelto del salvaje, y cierta fiereza realza la bastedad de sus facciones selváticas y á veces repelentes. Las mujeres son aún más feas que los hombres. Cuando los *infieles* pasan por las aldeas, ó se aproximan á las *haciendas*, un sentimiento de terror y espanto cunde por doquiera. Los *cristianos*, reputados libres por la ley peruana, y cristianos por haber sido bautizados, son paganos en realidad y siervos de la gleba. Sus chozas ó *quinchas* formando círculo al rededor de la vasta *hacienda* del amo, constituyen con ésta una especie de aldea ó pueblo. Los *cristianos* reciben de sus amos el nombre de *gentes* ó *brazos*.

El propietario de la hacienda, puede ser, bien un blanco (peruano español), un mestizo ó un indio; es el señor *don* ó *patrón* y vive vida de gran caballero. El abusa raramente de la autoridad á que tiene derecho un acreedor sobre sus deudores. Con una ligera indicación de cabeza, y después de haberles servido un vaso de aguardiente, él envía á sus vasallos á las ocupaciones domésticas ó rurales; y las gentes se ponen al trabajo contentas y alegres; las mujeres van y vienen, siempre reservadas y morosas. Al indio le está permitido solventar sus deudas por cuotas diarias; no recibiendo por otra parte sino un salario mensual de 19 bolívares, cantidad reputada como insuficiente. De aquí los avances perpetuamente renovados, avances de todo género, en metálico y comestibles, y de ahí también una deuda acumulada y contínua servidumbre; aunque á decir verdad, el *cristiano* no pide más para sentirse feliz, que la multiplicidad de los préstamos y el indefinido aumento de sus deudas.

Mas á pesar de todo esto, y salvo raras excepciones, el amo y sus siervos viven en perfecta armonía y llevan relaciones casi patriarcales. Ninguna preocupación de castas ó colores los separa; que con frecuencia corre la misma sangre por sus venas. Las *gentes* consideran como á padre el propio amo y dícense sus hijos; siendo cierto que el patrón les protege, socorre y aconseja y asísteles si caen enfermos; los hijos de las *gentes*, á su vez, juegan y se divierten con los hijos del dueño de la *hacienda*, y llaman madre á

su patrona. La simplicidad de las costumbres rústicas y las producciones del suelo satisfacen con holgura así al señor como á sus vasallos.

Gracias á los vapores que remontan el Amazonas, la civilizacion ha penetrado en "La Montaña." A todo viajero ó huésped que regresa á Europa se le exige el envío de libros, con preferencia el de los clásicos. Cada hacienda posee su pequeño tesoro literario: Cervantes, Quevedo, Shakspeare (traducido) Dumas, la Historia del Perú, colecciones de viajes, etc. etc. Estos libros, así como los periódicos europeos, son leídos y releídos y pasan de mano en mano. Cada *hacienda* posee también una escuela, y las municipalidades tienen á honra crear esas instituciones y bibliotecas urbanas. Los peruanos poseen el don de la elocuencia y el sentimiento poético, como lo comprueba el oirles discurrir en los encantadores banquetes que celebran á la sombra de las florestas, y donde manifiestan su facilidad de elocución, su potencia imaginativa y su entusiasmo lírico cuando alaban al "monarca de los ríos" y al "genio de los Andes"..... El talento artístico del indio se manifiesta en la forma correcta de sus vasos de delicados dibujos y rico colorido; en los ramajes que teje, en las telas que fabrica; en las modulaciones de sus melodías, ya tristes ya alegres; y en su inclinación á las danzas paganas en que despliega todos los adornos de sus salvajes antepasados.

NOTAS LITERARIAS

LA EDUCACIÓN ENTRE LOS ROMANOS

El niño recibía su primera instrucción en la casa paterna, y su madre era la institutriz; en ciertos casos un manumiso ó un pariente la reemplazaba. Se enseñaba al joven romano la lectura, la escritura, el cálculo y elementos de derecho; pero se le daba simultáneamente una educación práctica asociándole, con el progreso de los años, á las ocupaciones de los parientes de mayor edad. Mientras que la joven aprendía de su madre á hilar, tejer y coser, el niño aprendía de su padre, ó de sus hermanos mayores, diversas habilidades: el arte de sembrar y cosechar, la natación, la equitación, el pugilato, y el manejo de las armas. Si su padre era *flamen*, él asistía á los sacrificios como *camillus* (portador de los vasos sagrados); si patricio de alta categoría, recibía á sus clientes en el *atrium*, estaba de pie á su lado hasta el fin de la ceremonia, y así se acostumbraba á conocer el nombre y rasgos fisonómicos de cada uno. Los niños se hallaban siempre presentes en los triunfos y duelos de la familia, solemnidades éstas en que aparecían las imágenes de sus antepasados retiradas de sus relicarios. Si ningún huésped estaba invitado, tomaban ellos parte en los banquetes de sus padres, y aún algunas veces servían á la mesa.

El institutor primario ó *litterator*, era generalmente un esclavo ó manumiso que tenía una escuela privada, una pequeña clase bajo la *pergula* ó veranda dependiente de una casa ó tienda. La enseñanza pagada por mes, era muy débil, de modo que el *litterator* era á menudo escribano público (redactor de testamentos). El año escolar se componía tan sólo de 8 meses, pues las grandes vacaciones comprendían los meses de julio, agosto, setiembre y octubre, además de las pequeñas vacaciones que tenían efecto cuando se celebraban las fiestas de Minerva, las Saturnales, el Año Nuevo, y el 22 de febrero que era el gran día de la conmemoración de los muertos. En estas escuelas primarias el aprendizaje era, en sustancia, el mismo que daban los preceptos particulares, y el cual se creyó suficiente para la juventud romana hasta los tiempos de la segunda guerra púnica; pero después de este período recurriose más y más á los servicios de los gramáticos griegos, quienes no sólo enseñaban su propia lengua, sino también el latín por método más científico; á la larga hicieron penetrar en el espíritu romano los ideales de la cultura griega: el desenvolvimiento armonioso é igual de todas las facultades físicas y mentales del hombre.

Homero era por excelencia el manual escolar del gramático griego. El maestro leía el texto en alta voz con la acentuación y entonación requeridas, y el discípulo debía en primer término aprender de memoria el pasaje leído; luego analizarlo, no sólo desde el punto de vista de la gramática y prosodia, sino también al relativo á los diversos puntos de geografía, astronomía y mitología; las traducciones en prosa y composiciones originales completaban estos ejercicios. Las escuelas elementales recibían tanto á los jóvenes como á las niñas, pero para éstas la educación doméstica fue preferida en todo tiempo. Este plan de estudios suponía en los alumnos el conocimiento y práctica de la lengua griega; y he ahí por que los hijos de las familias ricas aprendían el griego desde su infancia, por medio de sus conversaciones con los esclavos de aquella nación. Cuando el niño llegaba á la edad en que debía comenzar su educación pública se le ponía bajo la tutela de un servidor, (*el pedagogus*) encargado de ayudarle en el estudio de las lecciones, y de acompañarle á la escuela hasta que el pupilo hubiese recibido la *toga virilis*.

Más tarde, y mucho más tarde, el joven podía frecuentar las escuelas de retórica, importadas también de Grecia; en ellas se enseñaba la música, las matemáticas superiores, el arte de bien decir, y el arte oratoria. Los romanos, imbuidos en el viejo espíritu republicano y en antiguas tradiciones, no preconizaban mucho esta suerte de disciplina, que tenía su correctivo en los ejercicios atléticos y militares. Los viajes y una larga estadía en Grecia, venían á coronar la educación de los jóvenes patricios. Los estudios se daban por concluídos á la edad de 17 años, y el romano adolescente dejaba entonces de ser *puer* y se consideraba como *juvens*, y revestía la *toga virilis*, si no la había aún recibido, inscribiéndosele en el *tabularium* (archivos) en la lista de los ciudadanos romanos. En el curso de un año aprendía la profesión por él escogida; si se preparaba para la carrera de jurisconsulto uníase á un hombre de estado eminente, cual hizo Cicerón con Mucius Scévola; si adoptaba la carrera militar, otorgábasele entonces un empleo cerca de un general de renombre, y desempeñaba funciones análogas á las de un oficial de estado mayor. Los jóvenes plebeyos pasaban directamente de la escuela al arado, al taller, al mostrador.

LAS DESGRACIAS DE LA CELEBRIDAD

La gloria y la notoriedad son faltas que se expían con los castigos inseparables de la fama. Con frecuencia sueños ambiciosos absorben la imaginación de la juventud; un clarín áureo resuena en sus oídos; los talentos juveniles, desconocidos, ó aun en el misterio, se ven en no lejano porvenir más grandes que la multitud, pareciéndoles tal elevación como el más sublime y feliz de sus destinos.

Sí; la celebridad tiene sus encantos y ventajas: ella abre todas las puertas; allana mil obstáculos; otorga á cada momento dones y servicios; y no deja sin castigo la menor falta de consideración personal. Pero no hay medalla sin reverso, y las dulzuras que comporta la fama no compensan las calamidades que de ellas se derivan. La mayor desgracia para el hombre célebre es la pérdida de su vida privada; ya no más soledad para él, ni más reposo, ni tranquilo estudio. Impertinente curiosidad le espía por doquiera, hasta en el seno de valles y de montes; y esto sin que le valgan las más minuciosas precauciones para despistar los hurgones de la prensa.

Pero ¿á quién la culpa? ¿Por qué el autor dramático saluda humildemente desde su palco al público? ¿Por qué el escritor en boga toma por su confidente al cronista de un periódico? Hay que decirlo: todo ello se debe á que el hombre notable teme incurrir en la impopularidad por el menor rechazo que haga; el gigante se arredra ante la honda ó la piedra del pigmeo, ó bien los pigmeos, naturalezas ruines y espíritus mezquinos, son tan numerosos como las arenas de la mar. Así, el hombre afamado arroja lejos de sí el mágico anillo que le hacía invisible, sin darse cuenta de todo lo que pierde; que ya no existirán más para él ni la deliciosa independencia, ni la libertad de movimientos, ni la dulce paz del hogar que forman el patrimonio de los «humildes de la tierra,» tesoro que estos últimos, á decir verdad, no saben apreciar.

La soledad es necesaria para el arte; el aislamiento no desdice de la alta dignidad de la vida. El ideal de la vida literaria sería el de Michelet; el de la vida artística el de Corot: nada de pompas mundanas, de sonajerías callejeras; nada más que el diálogo grandioso con el propio pensamiento, nada más que la visión solitaria de las aguas murmurantes en plena naturaleza. Dante hubiera recibido á golpes al *reporter* ó estenógrafo que hubiera asaltado su morada para malear y disfrazar su carácter, sus gustos y costumbres.

Siempre será impolítico un interrogatorio, y si prolongado, se torna intolerable. El hombre de genio entrega su obra al mundo; á este asiste derecho en absoluto para examinarla, aplaudirla ó criticarla: música, poema, pintura, escultura, todo está bajo su dominio; mas no vaya el público, sin autoridad de ley alguna, á escudriñar y socavar la vida privada del autor. Bien haya el juicio sobre la obra, mas no se alcanza la necesidad de conocer minuciosamente los hábitos, el temperamento y posición social del artista; circunstancias, todas que, á verlo bien, son dañosas para una recta y justiciera crítica. No pasa día sin que un hombre célebre recibauna consulta acerca de la opinión que profesa sobre el budismo ó el arte de encerar. Gentes nadies, que se llaman Pepe, Pancho ó Paco, anuncian siempre á los de grande ingenio y altos dones, que tuvo efecto el bautizo de un ciruelo, todo porque junto con el agua bautismal le dieron el nombre de Ernesto (Renán) ó el de Charles (Gounod).

Nunca, en época alguna, se vió tal desbandaje de indiscreciones y comadrerías mentirosas, perdiendo reposo y dignidad quien capitula ante ese ejército de perpetuo espionaje para alcanzar frívola popularidad; y el que rehusa inclinarse recibe un dictado poco halagador de los que viven divirtiéndose con el negro ejercicio de tomar informes y chismear. No hay término medio: ú obediente esclavo ó irreconciliable antagonista. El inquisidor periodismo del día no tiene más principal oficio que revelar al mundo vuestros secretos más ocultos y todas vuestras miserias y defectos, contribuyendo á despertar en las masas un apetito malsano, un instinto de curiosidad maligna; y vaya á ver el éxtasis que procura conocer que el autor de *Salambó* era epiléptico y que Henrique Heine, el pálido judío, se retorcía en su lecho de dolor!

Esta sed de minucias personales, de informes íntimos, no debía ser halagada por los que aman el arte. Los estentóreos gritos de los realistas que claman por *documentos humanos* son la genuina expresión de ese vulgar instinto; traicionando este clamor la pobreza de imaginación de los que tienen necesidad de tales maquinarias para la creación de sus obras. El dón supremo del verdadero artista estriba en la rapidez de percepción y de comprehensión, facultad del todo extraña á los que recurren á las investigaciones microscópicas y á los catálogos de detalles minuciosos y pueriles. Aglomerar volúmenes de documentos humanos es simple prueba de falta de imaginación; nunca fueron obras de arte los inventarios.

NOTAS CIENTIFICAS

EL AEROPLANO

Con este título el ingeniero americano Hiram Maxim, célebre ya por la invención de una ametralladora, publica en *The Cosmopolitan* un notable estudio sobre el problema de la navegación aérea. Los que se han ocupado hasta hoy de este orden de experimentos proceden de dos maneras diferentes; los unos quieren emplear aparatos más pesados que el aire, los otros menos. Al primer grupo pertenece Mr. Maxim, quien se basa para ello en los puros dictados de la ciencia y la experimentación.

Pocos adelantos se han efectuado después del

aerostato de Montgolfier; cualquiera que sea su forma, todos los globos están aún á la merced del viento. Los globos franceses de dirección se hallan en el mismo caso: verdad es que tienen una velocidad de 4 millas por hora; mas los vientos reinantes tienen casi siempre una velocidad superior, y, por consiguiente, los aerostatos de los oficiales franceses no pueden marchar generalmente sino siguiendo la dirección del viento. El doctor Bausset ha indicado un globo cuyo poco peso sería debido no á la insuflación de un gas más ligero que el aire, sino á la aspiración de las tres cuartas partes del aire contenido en el globo. Mr. Maxim demuestra con evidentes razones, que este sistema, ingenioso en apariencia no puede admitirse. Con los mismos argumentos científicos reduce á la nada la mirífica invención de un americano Mr. Peuningtón cuyos navíos aéreos (el primero de ellos se haya ya en el astillero) marcharía contra el viento con una velocidad de 200 millas por hora.

Toda máquina aérea de verdadero método práctico, debe moverse en el aire con una velocidad, cuando menos, igual á la del viento. Para una máquina que recorre 40 millas por hora, puede uno prescindir del globo, si una pequeña parte del aparejo que constituye la cobertura del globo está hecha en forma de cometa. Además, si el globo de esta forma estuviese inclinado algunos grados sobre la horizontal, sucedería que la presión ejercida por la atmósfera sobre la cara inferior del plano, sobrepasaría suficientemente la presión ejercida sobre la faz superior para elevar el aparato de igual manera que un globo. Sea como fuere es sabido que un plano liviano y liso recorre fácilmente el espacio. Por consiguiente, con un *aeroplano* ó superficie flotante que atravesara el aire á razón de 40 millas por hora, se obtendría la velocidad de un globo, con la mitad menos del material y sin *impedimenta* que se opusiese á la partida del aparato. De estas premisas podemos concluir que es necesario para navegar en el aire una máquina más pesada que el aire. Persuadidos de que hemos andado por una vía errada, el profesor Langley y Mr. Maxim realizan independientemente el uno del otro, pero por caminos análogos, experimentos que tienen por fin determinar el *quantum* de fuerza necesaria se requiere para la suspensión y movimiento en el aire de un aparato sin globo.

Un punto común de partida los ha conducido, tanto al uno como al otro, á órganos similares, á resultados idénticos: un *aeroplano* puede llevar 250 libras inglesas por caballo de vapor, y su mejor marcha es la de 60 millas por hora. En las experiencias de Mr. Maxim, la inclinación de los *aeroplanos* sobre la horizontal, es de 1 á 14. Con una inclinación de 1 á 20, el aparato puede llevar 20 libras por cada libra de impulsión recibida de la hélice. Los propulsores con hélice son muy económicos y eficaces, y no es absolutamente necesario darles grande amplitud; una pequeña hélice de 20 pulgadas de diámetro en un tubo sólido, puede imprimir al aparato una velocidad de 70 millas por hora.

Un plano, un si es no es cóncavo por debajo, y convexo por arriba, con la parte delantera muy aguda y con una pulgada más alta que la posterior; una pequeña caldera tubular de cobre, calentada por petróleo, y de un caballo de fuerza; el aire empleado como agente refrigerante por el condensador, formado de gran número de pequeños tubos de acero y de aluminio, no excediendo en peso á ½ libra por caballo de vapor; estos tubos formando ellos mismos una parte del *aeroplano;* dos hélices de gran diámetro muy livianas y separadas la una de la otra; tales son los órganos esenciales de la máquina voladora estudiada por Mr. Maxim. El peso del motor del agua y del petróleo (2 libras de combustión por hora y por caballo de vapor) es de 25 libras para cada 5 horas.

Mr. Maxim pide á sus conciudadanos la concesión de un terreno cerca de Nueva York donde construiría un camino de hierro de 2 kilómetros, talleres y agencias particulares, para emprender ensayos prácticos con su *aeroplano*, cuya organización recibiría algunas modificaciones ó complementos. Estas experiencias durarían 2 años y costarían de 250 mil á 500 mil francos.

A MI NOVIA

—

Echánme en cara que la tez cobriza
Tienes, Natalia, y el cabello rojo;
Ancha la boca, la nariz maciza,
La frente estrecha y extraviado un ojo.

Que son tus dientes de cercado ajeno;
Tus brazos flautas; que al andar cojeas,
Y en fin, que tienes masculino el seno
Los piés disformes y las manos feas.

A hallar no aciertan mis amantes labios
Defensa alguna á imperfecciones tantas.
¿Qué oponer á rechiflas y agravios
Si eres tan fea que en verdad espantas?...

Y es con todo *supina* tu belleza;
Solo que nunca lograrás la palma,
Que al través de tan áspera corteza
Nadie vé la hermosura de tu alma.

A. Herrera Toro

FASTIDIO

—

SONETO

Fastidia ver el sol siempre brillante,
Fastidia ver la noche siempre hermosa,
Fastidia la mujer siempre amorosa,
Fastidia oler la flor siempre fragante.

Fastidia siempre ver, vagando errante
Por el bosque, la inquieta mariposa,
Fastidia ver el tinte de la rosa,
Fastidia oír la fuente murmurante.

Fastidia ver los rayos de la luna
Y el canto oír del ave enamorada;
Fastidian los amores, la fortuna,

El cielo azul, la límpida alborada;
Fastidia, en fin, mi lira inoportuna....
Pero fastidia más el no hacer nada.

Publio.



GUAYANA.— Vista General del Caratal (Fotografía de Lessmann)



GUAYANA. — CALLE DEL CARATAL (Fotografía de Lessmann)

PESADILLA

—

Después de uno de esos días aciagos, en que todo conspira á ponernos de relieve la corrupción de la época, y toda la hez que hay en el fondo del corazón humano, no parecerá extraño que mi espíritu abatido y mi cerebro calenturiento, no me permitieran conciliar un sueño tranquilo.

En vano apelaba á los recuerdos agradables, y me fijaba en aquello que es bálsamo de todas las heridas, y manantial, siempre fresco, de alegrías para mi corazón—los seres queridos de mi hogar!

Seguían chocándose en mi pensamiento las mil ideas que me atormentaban, tristes unas, amargas otras, desesperantes las más.

Yo no sé si estaba dormido ó despierto en mi sillón de estudio, pero yo he visto pasar ante mis ojos una multitud de sombras, que representaban las ideas que me habían dominado en el día.

Pasó primero *la Verdad.*

Era una criatura bella, con formas de mujer y vestiduras de arcángel; tenía alas y diadema.

Dejaba ver en la majestad de su figura que no era hija de los hombres.

La llevaban maniatada, de pie sobre un carro, tirado por leones, que rugían volviendo hacia ella la cabeza.

La escoltaba una muchedumbre inmensa, en que lucían trajes de todos los pueblos de la tierra.

En las primeras filas iban reyes, magistrados, guerreros, tribunos y mujeres que revelaban costumbres ligeras en sus adornos y ademanes.

Después seguían gentes de todos los gremios sociales.

Cada uno arrojaba sobre la prisionera el lodo que encontraba á su paso, y *la Verdad* volvía la mirada tranquila, como si aquellos ultrajes fuesen más bien una ovación.

En medio de la multitud, iban grupos de niños y de gentes sencillas que marchaban tristes, sin comprender el objeto de aquella que parecía fiesta infernal.

La Verdad, dirigía algunas veces una mirada compasiva á aquellos grupos inocentes y hacía ademán de hablarles, pero los reyes y los mandarines hacían redoblar los tambores; y los rufianes, y los aduladores, y las mujeres prostituidas por el oro de los amos de la tierra, vociferaban y maldecían para ahogar la voz de *la Verdad.*

Entonces cruzaba por su faz divina una sombra de las tristezas de la tierra, y dos lágrimas rodaban de sus ojos.

—¿A dónde la llevan?—pregunté compadecido, á uno que iba y venía, agitando una bandera negra con manchas de sangre, y que sublevaba las pasiones con discursos envenenados, y ensañaba el odio con gritos de muerte y de exterminio.

—A la roca más escarpada, al abismo más profundo para arrojar á esta hipócrita y mordaz—me contestó, y brillaron sus ojos como dos brasas del infierno y crujieron sus dientes agudos y separados como los del chacal.

Insensatos! exclamé en mi interior, en vano pretendéis huir de su mirada severa y de sus juicios infalibles! La verdad no perece nunca: desde la más profunda sima se alzará su voz hasta el cielo para condenar vuestras iniquidades! Podéis engañar á los hombres, pero jamás á Dios: ni siquiera á vosotros mismos, porque dentro de vosotros ha creado Dios un tribunal donde constantemente oís la voz de la verdad! ¿Dónde hallaréis un abismo bastante profundo para ahogar vuestra conciencia?

La Verdad siguió con su escolta de verdugos.

Un silencio profundo sucede á la algazara de aquella muchedumbre.

—

Todas las miradas se fijan hacia el Oriente, donde aparece una carretela de oro, tirada por veinte caballos que devoran el espacio y levantan una nube de polvo.

Los penachos y el brillo de los arneses deslumbran como el sol.

Sirve de auriga *la Fama* que trae en una mano las riendas y en otra su clarín.

De pie sobre aquel carro triunfal, entre flámulas y gallardetes multicolores, aparece *la Mentira*, coronada de piedras preciosas; la faz riente; como rosas las mejillas; sueltos en largos rizos los abundosos cabellos y el seno descubierto como una bacante.

En una mano agitaba una banderola, y con la otra arrojaba flores artificiales de un cesto inagotable que tenía á su lado.

Un *¡hurra!* estruendoroso resuena en el espacio al penetrar entre la multitud: el eco se dilata prolongándose hasta los confines de la tierra, y todas las manos se agitan en señal de alegría.

La carretela hace alto y la muchedumbre se arrodilla.

Una tropa de sátiros medio desnudos, coronados de yedra, danzan al rededor del carro, al són de alegres panderetas. Ofrendas sin número son depositadas á los pies de aquel ídolo del siglo.

Después de estas ceremonias, *la Mentira*, agita su banderola en torno de la multitud; los caballos relinchan y parten como rayos,

entre una lluvia de flores que brota de todas las manos.

Un nuevo víctor retumba en los aires, mientras se pierde en el horizonte la carretela deslumbrante.

La multitud quedó en silencio, como extasiada.

Sólo de un pequeño grupo, que había permanecido de pié mientras los otros se arrodillaron, salió una maldición.

—

Después pasó *la Ingratitud* en puntillas, callada, sin séquito ninguno, cubierta con un ropaje pardo y el rostro vuelto hacia un lado, como para que no la conociesen.

Inútil disfraz! tanto me ha hecho sufrir, que la conocería hasta por el ruido de sus pasos cautelosos!

—

Seguía después *la Buena Fe.*

Iba entre un ataud, muerta; una túnica, blanca como el armiño, la servía de mortaja.

Sostenían el ataud cuatro hombres de figura distinguida que marchaban risueños y con paso firme.

Detrás del féretro, seguía un grupo de vírgenes pálidas y llorosas, coronadas de rosas blancas y azucenas marchitas.

Cada una á su turno, arrojaba una flor de su corona entre el ataud: al contacto de aquella flor, el cadáver se estremecía, como galvanizado, y entreabría los ojos y la boca; pero al instante los labios se juntaban desdeñosos, y los párpados caían con la pesantez de la muerte.

Allí no había esperanza!.....

—

Después pasó *la Miseria.*

Era una vieja, sorda, descarnada y pálida, naríz aguda, ojos juntos y consumidos, cabeza pequeña, cuello largo y recto.

Sus brazos, como las barras de una tenaza, sostenían una cornucopia, que arrojaba cáscaras secas, huesos, pedazos de hierro enmohecidos y cigarros apagados.

La seguían varios cortesanos, parecidos á los avaros que conozco: iban recogiendo todo lo que salía de la cornucopia y guardándolo cautelosamente, para que los otros no se apercibiesen.

A los lados de la ruta se habían situado algunos ciegos, ancianos valetudinarios y niños huérfanos con hambre y frío, que extendían los brazos y pedían una limosna por amor de Dios!

La Miseria, como era sorda, no los escuchaba, y los avaros se miraban unos á otros y se reían, y despreciaban aquel clamor que partía el alma, y seguían recogiendo el tesoro que brotaba de la cornucopia.....

—

Detrás venía *el Desencanto.*

Se veía como dibujada en un lienzo, la figura de un hombre sentado en un sillón; pálido el rostro, sin brillo los ojos, circundados de ojeras negras y surcos como de llanto: la boca contraída con un gesto de resignación, pero al mismo tiempo de inconformidad: los brazos cruzados y la mirada fija en el cielo, como quien, perdido en todos los rumbos de la tierra, sólo espera en la divina justicia.

Al aproximarse el lienzo reconozco mi propia imagen, y un grito de terror se escapa de mi pecho! Despierto lleno de angustia, me veo delante del espejo y comprendo que soy víctima de una pesadilla espantosa.

F. DE SALES PÉREZ

1878.



MI CABO (Con la candela para dentro) — Fotografía de Guinand

FUGITIVA

—

Pálida como un cirio, como una rosa enferma. Tiene el cabello oscuro, los ojos con azuladas ojeras, las señales de una labor agitada y el desencanto de muchas ilusiones ya idas..... Pobre niña!

Emma se llama. Se casó con el tenor de la compañía siendo muy joven. La dedicaron á las tablas, cuando su pubertad florecia en el triunfo de una aurora espléndida. Comenzó de comparsa y recibió los besos falsos de los amantes fingidos de la comedia. ¿Amaba á su marido? No lo sabía ella misma. Reyertas continuas, rivalidades inexplicables de las que pintaría Daudet, la lucha por la vida en un campo áspero y mentiroso, el campo donde florecen las guirnaldas de una noche, y la flor de la gloria fugitiva; horas amargas, quizá semiborradas por momentos de locas fiestas; el primer hijo; el primer desengaño artístico; el príncipe de los cuentos de oro, que nunca llegó! y en resumen, la perspectiva de una senda azarosa, sin el miraje de un porvenir sonriente.

***

A veces está meditabunda. En la noche de la representación es reina, delfín ó hada. Pero bajo el vermellón está la palidez y la melancolía. El espectador de las formas admirables y firmes, los rizos, el seno que se levanta en armoniosa curva; lo que no entiende es la constante preocupación, el pensamiento fijo, la tristeza de la mujer bajo el disfraz de la actriz.

Será dichosa un momento, completamente feliz un segundo. Pero la desesperanza está en el fondo de esa delicada y dulce alma. ¡Pobrecita! ¿En qué sueña? No lo podría ya decir. Su aspecto engañaría al mejor observador. ¿Piensa en el país ignorado adonde irá mañana: en la contrata probable, en el pan de los hijos? Ya la mariposa del amor, el aliento de Psiquis, no visitará ese lirio lánguido; ya el príncipe de los cuentos de oro no vendrá; ¡ella está al menos segura de que no vendrá!

***

Oh! tú, llama casi extinguida, pájaro perdido en el enorme bosque humano! Te irás muy lejos, pasarás como una visión rápida; y no sabrás nunca que has tenido cerca á un soñador que ha pensado en tí, y ha escrito una página á tu memoria, quizá enamorado de esa palidez de cera, de esa melancolía, de ese encanto de tu rostro enfermizo, de tí, en fin, paloma del país de Bohemia, que no sabes á cuál de los cuatro vientos del cielo tenderás tus alas, el día que viene!

RUBEN DARÍO



EL PILÓN PRIMITIVO (Fotografía de Guinand)

EL TOCADOR

—

LAS PECAS

Sabido es que las pecas hacen la desgracia de las rubias y aun de las trigueñas de cutis blanco.

Algunos médicos atribuyen tales manchas á la presencia de cierta cantidad de hierro en la sangre y está probado que el abuso de los ferruginosos es con frecuencia la causa de las marquitas amarillas que cubren más de un bello rostro.

Otros dicen que las pecas indican constitución delicada y circulación débil y lenta.

Pero no se desconsuelen las bellas que tienen semejantes manchas, pues para hacerlas desaparecer no faltan algunos eficaces remedios:

1º Una de mis amigas me alababa mucho la siguiente mixtura con la que untaba sus pecas, de noche al acostarse: una parte de tintura de yodo y tres partes de glicerina; 2º aceite de trementina, un cuarto de litro, en el que se disuelven 7 gramos de alcanfor molido, agréguense además 2 gramos de aceite de almendras dulces: este linimento es excelente contra el mal de que se trata; 3º 28 gramos de alcanfor molido y 112 gramos de aceite puro de oliva, lo cual se aplica tibio y es un remedio tan bueno como el anterior, si no mejor; 4º las aplicaciones de suero; 5º no sé en qué parte se usa mucho el agua perfumada, que se extrae de flores de lirio por medio del baño de María, para embellecer la piel y el color, y si en ella se disuelve un poco de sal tártaro será muy conveniente para las pecas: 6º disuélvanse 16 centígramos de borax en 20 gramos de agua de azahares, y con esto lávense las manchas; 7º las habas frescas, cocidas en agua, machacadas y aplicadas en cataplasmas sobre las pecas, producen excelentes resultados; 8º hágase una mezcla de vinagre, jugo de limón, alcohol, aceite de alhucema, aceite de rosa, aceite de cedro y agua destilada y la persona se untará con esto las pecas por la noche al acostarse y se lavará la cara por la mañana con agua clara; 9º recomiéndase mucho con el mismo objeto, una mezcla de dos partes de jugo de berros y una parte de miel: las dos sustancias se cuelan á través de un género y luego se usan en fricciones por la mañana y por la tarde.

Algunas precauciones muy sencillas pueden evitar la aparición de las pecas. Nuestras abuelas muy cuidadosas de su cutis, usaban en invierno caretas de terciopelo contra los efectos del frío sobre la piel, y en verano, caretas de tafetán, para sustraer su epidermis delicada á los dardos de Apolo, que hacen nacer estas terribles marcas. Ya que no es fácil renovar la moda de las caretas, debemos (las mujeres) usar desde comienzos de abril—cuando los botones empiezan á adornar los prados y las pecas á marcar los rostros—velos pajizos para salir.

No habré de explicaros aquí científicamente, porque ello sería muy largo, como bajo el tul amarillo estaréis preservadas de los rayos del sol, tan bien como bajo una máscara; pero yo os respondo de la eficacia del consejo. Este velo pajizo, me replicaréis vosotras, no es nada bonito, no lo niego, pero yo desearía saber si os importa más la aprobación de cualquier desconocido que la de aquellos que os ven en la casa con la cara descubierta: vuestros amigos y sobre todo, vuestros maridos.

Cuando viajéis lavaos la cara por la noche solamente y agregadle al agua algunas gotas de tintura de benjuí, lo que equivale á la leche pura. No os expongáis nunca al aire sino después de haberos secado muy bien la cara y de habérosla empolvado ligeramente.

Las zanahorias, espléndido específico para el cutis, son muy recomendables contra el inconveniente de que tratamos. En lugar, pues, del café con leche desayunaos con un potaje sencillo de dicha planta.

BARONESA STAFFE

¡BENDITA TIERRA!

—

Que lo más bello de las Antillas es Cuba, ni cabe escribirlo: lo sabe todo el mundo; lo que no sabe todo el mundo, es que, un extranjero en la Habana no echa de menos el terruño ni piensa por modo zozobrante que ha de atormentarle luego la nostalgia....

Allí se alienta bajo el claror de la alegría y la alegría es una sonora risa de cristal hecha para los labios de aquellas espléndidas mujeres.

¡Parias hay que rendir á esas tropicales de ojos negros y de talles flexibles, como sus palmeras, que mueven á maravillosas concepciones á sus poetas de cítaras de oro, á sus artistas de pinceles de seda. Cuba es astro en ese azul espacio donde son constelaciones Puerto Rico y Santo Domingo; y cuenta que son estas dos islas, las que con más legítimo derecho pudieran presentarse con sus puñados de hermosuras, en un certamen de bellezas antillanas. Empero, si la una es Hécuba doliente, eterna gemidora que da á luz sus hijas pálidas, porque son hijas de la neurosis, la otra es Diana que se ocupa más de su flecha y su carcaj que de las dulzuras de su hogar.

Cuba es una trigueña tentadora que gasta los cabellos rizados, los labios como guindas, las pupilas aterciopeladas; su espíritu es volcán; ella aprendió el heroísmo en la manigua y si no ocupa puesto en las repúblicas de América, tiene puesto de honor en el luminoso mundo de proezas de la Historia. El rubio yankee está locamente enamorado de esa vaporosa trigueña que anda ocultando prodigios bajo su eterno traje de verano. Cuba es la vida! tiene sus epopeyas victoriosas en las abundosas plenitudes de sus campos, allá, donde el goagiro tañe la guzla criolla y deja ondular el latido sonante de sus décimas; allá también

suena el tamboril al compás de la guitarra y el ruiseñor arpegia sus himnos de amor y libertad bajo una cabellera de palmas temblorosas y de arroyuelos azules.... Bendita tierra!

***

Una rubia mañana de marzo trepaba yo la empinada escalerilla de la nave que debía conducirme á Nueva York. ¡Cuán lejos estaba de mi mente la idea de prolongar la ausencia! La Habana con toda su esplendidez se presentó á mi vista bañada por los primeros reflejos de la aurora. Gradualmente y conforme iba el buque desprendiéndose del puerto, surgían, cual evocadas remembranzas las siluetas de las torres y las azoteas de los hoteles; al frente el Palacio de Marina con sus salones aperlados citándome inolvidables noches de sarao; luego la estrecha Plaza de Armas; la Cabaña con sus sendas torcidas; á opuesta mira El Prado con sus árboles seculares, y al fondo de esta calle, en línea recta Payret, con sus proporciones correctas, el célebre Tacón con sus pilares blondos y robustos; un ángulo del Parque Central que parece jugar al escondite cuando lo asedia con sus ávidas miradas el viajero; después, magníficamente tendido San Lázaro, de donde me finjo que salen, francas, las explosiones de mis compañeros de fiestas; y por último las curvas majestuosas del "Vedado" con todo el atavío de sus jardines y sus pompas campestres, á cuyos pies se agita un torbellino de espumas.....

Al fin retumbó potente la voz del bronce fuera del Morro y se ocultó la Sultana perezosa como al bardo germánico la poética Stambul desde los confines del Bósforo. Vagó la vista inquieta, un mundo de afectos se me atropelló al corazón, y tembloroso el pañuelo arrojó de entre sus pliegues el enigma del dolor hecho poema.

***

Que estas líneas son deuda de afecto antes que trabajo literario, es verdad, y ello es homenaje de gratitud á la hidalguía cubana. Yo amo á Cuba en sus mujeres cuando se mecen al inimitable compás de su danzón; la amo en sus oradores de períodos elásticos, en sus tribunos de épicos acentos; la amo en sus periodistas, de cuyas plumas nace la frase hecha con sus altiveces y sus triunfos, como Minerva armada de su casco y su lanzón; la amo en sus poetas antiguos tanto como en sus contemporáneos; y en una palabra, la amo y la siento en su República futura, con su valor homérico probado, con sus virtudes cívicas: la República sin crímenes ni sangre, franqueando las puertas del siglo venidero, triunfadora y sublime, como para probar al mundo que toma posesión de sus derechos, porque con su libertad se perfecciona el Continente: se completa la América.

MIGUEL EDUARDO PARDO.

Caracas: setiembre de 1892.

BIBLIOGRAFIA

VENEZUELA

Ocupaciones de diverso linaje, y falta de solaz, nos habían impedido hasta hoy dar cuenta de las varias obras con que se han servido obsequiarnos sus autores. Hoy cumplimos este deber, comenzando por el interesante libro *Venezuela* escrito en inglés por el *Bureau of the American Republics* de que es digno y entendido director el notable literato señor WILLIAM E. CURTIS.

Lo contrario de lo que generalmente sucede con obras europeas que de nuestros países se ocupan, acontece con este libro que es muy exacto y detenido estudio de Venezuela, y el cual contiene datos acerca de nuestra geografía física y política; de nuestra hacienda, comercio é inmigración; de nuestra agricultura flora y cría, de nuestras industrias, y de nuestras instituciones civiles y políticas.

El libro está adornado con grabados de nuestros mejores edificios; tipos y costumbres de nuestro pueblo, y escenas de nuestra naturaleza tropical; y tiene cinco apéndices que son: la Declaración de nuestra Independencia y Carta Fundamental; la Ley de Minas y de Inmigración; un Directorio Comercial y el Arancel de Aduanas.

La obra no desdice en nada de las anteriores que acerca de otras repúblicas sud y centro-americanas ha publicado el *Bureau of the American Republics*.

Damos nuestras más expresivas gracias al señor WILLIAM E. CURTIS por su fina galantería al remitirnos este trabajo que hará conocer exactamente á nuestro país en las naciones extranjeras.

LOS POR QUÉ
DE LA SEÑORITA SUSANA

POR

EMILE DESBEAUX

Continuación

con curiosidad, primero á la princesa Marmota acurrucada siempre en su butaca, después á la niña "Eso me estorba."

Esta, muy admirada y temiendo disgustar á Susanita, llamó aparte á una de las más pequeñas y le habló al oído. Lo que le dijo fue conocido bien pronto, no tardando en levantarse un murmullo de ¡ah! y ¡oh! y ¡ca! en la infantil asistencia.

Por último, una de las niñas se acercó á Susanita, que para disimular su turbación aparentaba ordenar los libros en la mesa, y le dijo:

—¿Pero es verdad que no tienes aguinaldos?

Susanita ya no pudo más; se volvió con los párpados llenos de lágrimas y gritó sin poderse contener:

—¡Sí! ¡sí! ¡sí!

Fue todo cuanto pudo articular, pues no quería responder y menos mostrar su angustia.

—Pues bien, cuéntanos lo que has hecho de tus regalos, dijo la señorita "Eso me estorba."

Hacía algunos instantes que la puerta se había entreabierto; la señora de la casa había sido testigo de la escena.

—Van ustedes á saberlo todo, señoritas, dijo seriamente. Vengan ustedes conmigo y verán satisfecha su curiosidad.

Las niñas, sorprendidas y contusas, siguieron sin chistar á la señora. Esta las condujo al comedor, donde una colación las esperaba.

Las mamás ya se encontraban allí.

Susanita miró á su madre como quien no comprende.

La madre le hizo una seña á Luisa, y ésta abrió de par en par una de las puertas laterales del comedor.

Entonces aparecieron diez ó doce niñas, vestidas modestamente, pero con sus trajes nuevos, sus cuellos blancos muy limpios, peinadas con esmero y las mejillas encarnadas por el frío de la calle.

A la cabeza del grupo marchaba la mayor, teniendo un ramillete en la mano.

Esta avanzó hacia Susanita:



—Señorita, dijo, venimos á darle á usted las gracias de todo corazón... Nosotras somos las niñas á quien usted ha enviado sus dulces y sus juguetes... ¡eso nos ha causado mucha alegría!...

Se interrumpió intimidada creyendo haber dicho más de lo que era menester; pero impulsada por las que la seguían, continuó:

—Nuestros papás y mamás han echado un guante para que podamos ofrecer á usted este ramo de flores... Es una pequeña prueba de agradecimiento; si usted quiere aceptarlo nos hará un grandísimo favor.

—¡Sí! ¡sí! murmuraban las otras compañeras.

Susanita estaba por extremo conmovida.

No esperaba semejante cosa y por lo mismo no sabía que hacer.

—Toma, pues, el ramillete, hija mía, dijo al fin su mamá encantada al ver la emoción de la querida niña.

Esta se acercó más á la niña que le había hablado, tomó el ramillete y la besó en la mejilla.

Las otras niñas pobres quisieron también besar á Susanita y que ésta las besara.

Y lo hicieron todas con una alegía tan verdadera, con un placer tan sentido, con una sinceridad tan notoria, que las amiguitas de Susana, viendo entonces lo que había hecho ésta de sus aguinaldos, comprendieron que había hecho bien y empezaron á envidiar su suerte.

No obstante, permanecieron mudas aguardando que alguna de entre ellas adoptase una resolución.

Por fin la princesita Marmota se acercó á su madre y dijo tranquilamente:

—Mamá, si tú quieres haré yo lo mismo que Susana.

La mamá le respondió con una señal de asentimiento.

Las otras niñas se dirigieron cada una á su mamá.

Como éstas hablaron en voz baja, no se sabe á punto fijo lo que dijeron; más es de suponer que el ejemplo de Susanita resultaría contagioso.

La señora había tenido la idea de reunir las muchachas á quienes su hija había distribuído sus propios regalos de Año nuevo. Enterada por Luisa de que ellas tenían grandes deseos de dar las gracias á su infantil bienhechora, había querido contribuír por su parte á la alegría de la niñas pobres de la vecindad, encargándose de comprarles á todas ropa nueva. Pensando que la generosidad de su hija merecía darse á conocer, para ejemplo de las otras niñas, había consultado con sus respectivas madres y todas habían dado su aprobación á la escena que hemos visto.

La colación seguía esperando.

La niña de la casa había invitado á sus antiguas amigas, como asimismo á las nuevas. Hubo al principio cierta frialdad; pero la señorita "Eso me estorba," con su alegría turbulenta y su carácter comunicativo, no tardó en inspirar confianza á todas sus compañeras. De ese modo logró que el dos de enero fuese para aquellas niñas tan grato y placentero como el día anterior.



CAPITULO XIII

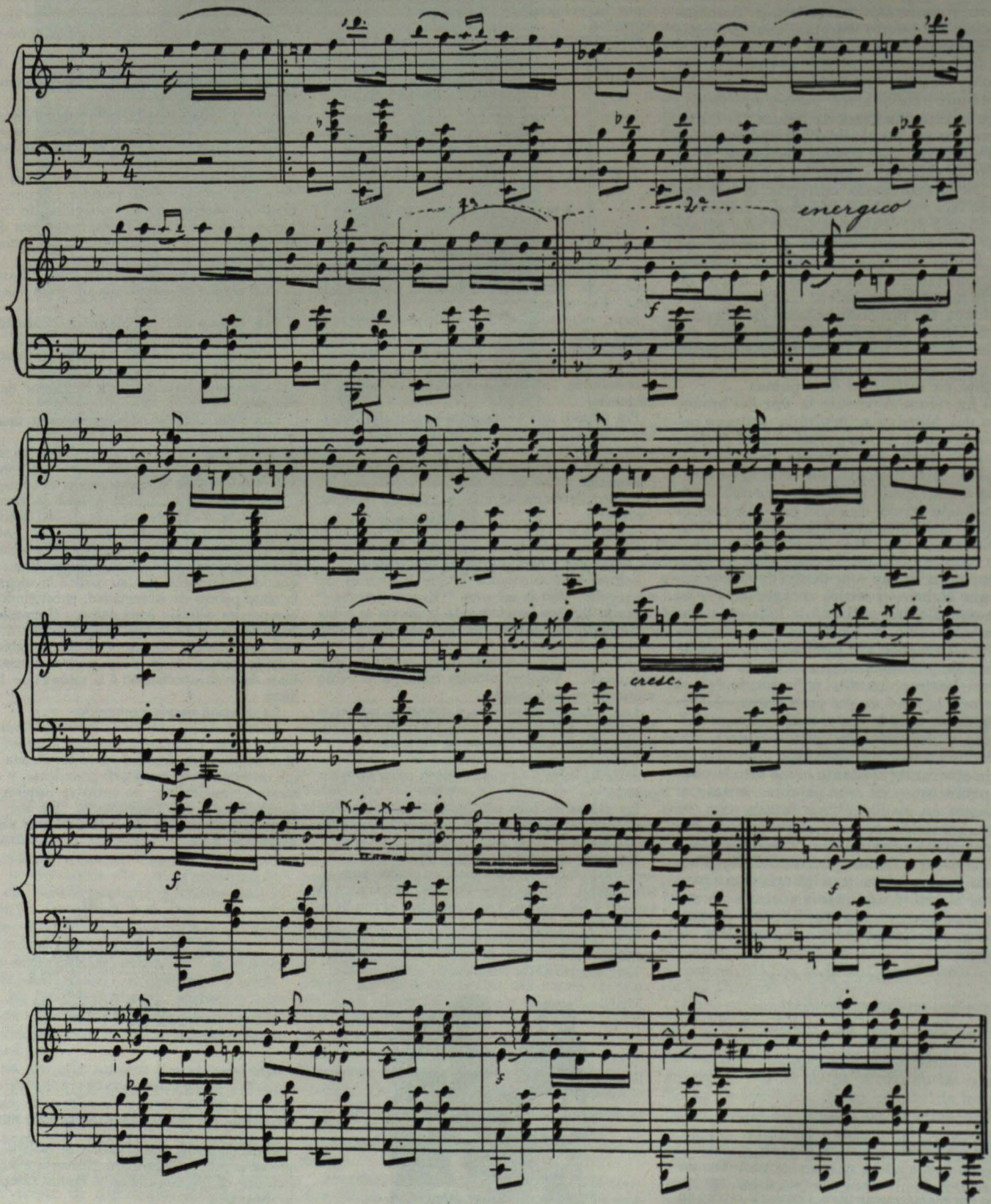
POR QUÉ NO TODOS LOS DIAS ES AÑO NUEVO

Al día siguiente por la noche se hallaba Susanita en la sala principal, con toda su familia, acordándose de las emociones y de los placeres de la víspera.

Estaba soñadora, cuando de repente se dirigió á sí misma esta pregunta:

MATILDE

POLKA por F. G. Vollmer



—¿Por qué no es año nuevo todos los días?

La niña imaginaba que había dicho esta frase en voz baja, entre dientes y para sí sola. Sin embargo, habíala pronunciado más alto de lo que hubiera querido y su abuelito la oyó.

—¿Qué es lo que preguntas? dijo el abuelo con una amable sonrisa, distrayendo á la niña de sus reflexiones.

—¿Yo?..... Nada, abuelito, contestó la niña ruborizándose un poco.

Y añadió con viveza:

—Bien sé yo que he dicho una tontería. Todos los días no es año nuevo, porque... porque...

Y se interrumpió muy sorprendida.

—Vamos, hijita, acaba, dijo el abuelo queriendo que la nieta pudiera salir del paso.

—Pues porque... vaya, abuelito, no lo sé.

Con mucha curiosidad miró la niña á su abuelo para ver si hablaba.

Pero como el abuelo nada decía, la niña preguntó con aire de duda:

—¿Acaso se puede saber eso?

—Es claro que sí, respondió Pablo,

—¡Cómo! ¿hay motivos para que el día de año nuevo sea el primero de enero y no otro día? preguntó la niña mirando alternativamente á su abuelo y á su hermano.



Habiéndole contestado el abuelo con un movimiento de cabeza afirmativo, la niña se le acercó y le dijo con una vocecilla cariñosa y suplicante:

—¡Explíqueme eso!

—Pero hijita, los motivos que hay son numerosos, y no me parece fácil disparártelos juntos y á quemarropa como si se tratara de asunto

Continuará

Sigue cebándose la muerte en personas de importancia. En esta quincena tenemos que lamentar, en primer lugar, el fallecimiento de la respetable matrona señora MARIA MONTOJO DE ARTEAGA, quien descendió al sepulcro cargada de años y merecimientos. Hija de Cuba, siguió con todo el ardor de su corazón de patriota la guerra de independencia que promovieron los libres nativos de la Perla de las Antillas. Mujer de sano juicio y severas costumbres, deja una familia en Venezuela que es modelo de laboriosidad, honradez é inteligencia; y entre cuyos miembros contamos amigos muy queridos á quienes enviamos nuestro sincero pésame en estas líneas.

Descansa también en la tumba el reputado médico DR. RAFAEL OSÍO cuya vida toda se redujo al estudio de su profesión y á repartir con liberalidad los dones de su inagotable caridad. Caracas recordará siempre su nombre con veneración; y el Director y Administrador de este periódico tienen especial motivo de condolerse por la pérdida del sabio médico, ya que recibieron siempre de él asistencia asidua y cariñosa, y gajes de su preciada amistad

---

Toda la sociedad de Caracas concurrió con flores y lágrimas á acompañar en su duelo á la respetable familia Benítez, víctima de una de aquellas desgracias cuya impresión nunca se borra de la mente y que se convierte en herida eterna para el corazón de un padre. La noticia de la trágica muerte del niño DIEGO BENÍTEZ voló como toda infausta nueva á conturbar el ánimo de los que sabemos apreciar las virtudes de una familia que es cifra de honradez y cultura. Reciba toda ella la expresión de condolencia, y muy en especial nuestro bueno y noble amigo el señor Diego Benítez.

Súbitamente murió MAURICIO DE LA COVA, hundiendo en el dolor á su tierna esposa y á sus hermanos. Pierde con él la juventud de Caracas uno de sus mejores ornatos, y sus amigos un corazón noble. Lloremos con su hermano Rafael la triste desaparición.

---

4 de octubre.

Son las once de la noche y acudo con sobresalto al teléfono que llama. Por su hilo me trasmiten con frases entrecortadas una infausta noticia para Venezuela y para el Arte: la inesperada muerte de PÉREZ BONALDE! Más que pesar sentí dentro del cráneo un enorme peso fatigante, desolador... Cómo! me dije: ¿también se atreve la sañuda parca á herir sin piedad aquel cerebro luminoso que era sol para los que vivimos en la oscuridad de la ignorancia? Más que la Fortuna es ciega y cruel la descarnada Muerte que osa derrumbar el fuerte roble, y apagar la inteligencia viril, y exprimir con su huesuda mano aquel corazón que supo palpitar á los ecos de la bien conquistada gloria, y sentir el amor, y cantarlo en estrofas inmortales!

Duelo grande para las letras tu muerte, oh! gran poeta!... La América y la madre España sabrán llorar sobre tu tumba; y yo, pobre admirador de tu genio, y amigo de tu espíritu, iré á recoger en tu sepulcro la primera silvestre flor que germine y brote, cuya fragancia aspirará mi alma con deleite, y cuyos colores contemplarán mis ojos arrobados, porque su luz y sus aromas serán los efluvios de tu cerebro grandiosamente eterno!

LOS GALLOS

—

Los gallos son una distracción que le gusta mucho á Don Aniceto.

Si esposa que es una mujer intolerante hasta allí, con todo lo que tiene carácter de profano y de cruento, se dá á echar á borbotones, por su bendita boca, palabras irónicas contra el gallero espectáculo y aun se le viene á las manos, que es muy empulpada la cristiana esposa, cada vez que su marido háblale de espuelas, de perillas ó de pintas.

El pobre Aniceto sufre pacientemente como esposo amodelado por el afecto conyugal, los respingos voluntariosos de su Dulcínea, pero nada es bastante á entibiar en su alma la diversión gallera que adquiere cada día en él proporciones alarmantes y que ya no sólo le tiraniza en la hora de vigilia ino que le ocupa también en esos oscuros senos del alma que determinan en el hombre la vida de los sueños.

Es precisamente por eso que andan hoy enjozcados Aniceto y Mónica. Esta no puede permitir que su marido sueñe con otra cosa que con ella, y ¡oh sacrilegio! anoche soñó el cuitado, con los *gallos*.

¡Y que sueño! aquello fue una barahunda, la esposa está alarmadísima: anda buscando un curioso, un nigromántico, un Don José que le dió un específico á Doña Petra su amiga para curar á su marido Don Celedonio que se *encañaba* y cree ella que puede tener algún remedio heroico para librar á su querido mitad de la influencia de los gallos.

Está loca la pobre señora.

Ayer me relataba su conflictosa situación en la esquina de El Bolero, donde á la sazón me tropezé con ella, y miren, yo no sé cuanto tiempo me estuvo allí la bendita dama, lo que si sé, es que muchas vueltas dió el *tranvía* que no anda tan ligero que digamos, por aquellas tierras: y la mujer háblame que háblame, y grita que grita, y llora que llora, y yo como un poste de paciencia perdiendo hasta la propia personalidad, como si todos los boleros políticos me hubieran caído encima y arrojádome al arsenal de mentiras con que andan pasando el tiempo, á falta de dinero y de trabajo.

La señora me decía: mire Ud. mi amigo, aquello era terrible: me parece que mi marido veía una cosa negra, espantosa. Según hablaba, él estaba mirando un gran circo en que se preparaba una ruidosa corrida: el público era como nunca selecto, numerosísimo: yo veía al pobre Aniceto que daba pancadas como haciendo que caminaba en la cama; y á cada paso decía, como si hubiera ofendido á alguien: «perdone Ud.,» ó como si hubiera sido ofendido: «no ha sido nada, pierda Ud. cuidado.» Todo eso me indicaba que en el circo aquel debiera haber mucha gente así como si dijéramos toda Caracas metida en un rendondel.

¡Cómo sería aquello! exclamé, pero Doña Mónica me atajó la palabra y prosiguió:

La cara de mi esposo revelaba una gran excitación nerviosa que se velaba de cuando en cuando, con una sonrisa de gozo, de esas sonrisas que suelen dibujarse en sus labios siempre que oye el canto de un gallo, lo que me explica que en aquel circo estaba viendo mi esposo muchos gallos que cantaban como preparándose á la sangrienta lucha.

Ese jiro es el mío: doy al partir:

Se engaña Ud. ese *gallino* es como lo dice su nombre *un gallina*.

Ese pintado tiene todas las condiciones de un *pataruco:* está diciendo que va á perder: es muy torpe en sus movimientos:

Esas peleas que Ud. dice las ganó de carambola: yo no apuesto á él: no embiste.

Hágalo Ud. esa es cosa suya.

Pierda Ud. cuidado.

¿Qué dice Ud?...

¿Que el pintado es el suyo?...

Tiene buen porte: su facha no me desagrada: tiene buenos arranques.

No podemos quejarnos: tenemos donde escoger: un jiro, un gallino, un pintado y un pataruco.

Así decía mi esposo como contestando á muchos que le dirigían la palabra: y luego le oí exclamar: sí, al circo todos: que vayan al circo! Luego le ví no moverse, pero mire Ud. si se estaba tan quietito que yo tuve tentaciones de removerle, creyendo que la parálisis había invadido sus miembros todos.

Al cabo de un rato le oí decir: son seis y todos cantando.

Después volvió al adormecimiento anterior, y así me imaginaba yo estaría todo el público en la espectativa de un resultado.

Apenas pasaron dos minutos, cuando mi marido dió un salto en la cama que si no me aparto cae sobre mí y mucho daño me hubiera hecho porque yo estaba excitadísima: *si no pelean, si están arrinconados cantando solamente: si parece que se tienen miedo!*

¡Qué desgracia! afeiten á ese que tiene mucha pluma: refresquen á ese otro que está muy irritado: amuelen la espuela á aquel que las tiene muy romas:

Yo advertía en los gestos de mi marido que aquellas imprecaciones debían salir de la boca de todos los concurrentes; porque él gesticulaba hacia un lado, hablaba hacia otro, movía los labios como conversando con alguno; se los mordía como en un arranque de furor y en fin revelaba un cú-

mulo de contrariedades indefinible y desesperante. Su estado era violentísimo.

En fin; de pronto exhala un suspiro larguísimo: y abriendo los ojos y mirando espantado á todas partes, dice: «aquí nadie vale más que ninguno!»

Y volviéndose á mí: ¡que sueño hija mía tan triste: pero que *gallos* tan zamarros!

Mire Ud. señor mío: después de eso que fue anoche he notado que mi pobre Aniceto anda cabizbajo, pensativo, preocupado; veo en él como síntomas de locura! y no hallo que hacerme: ay! si se me desgracia amigo mío, ahora en medio de tantos males como nos aquejan: ¿qué me haré yo? ¿cómo podría sostenerme?...

Lo peligroso en todo esto, señora, le repliqué yo, ya para irme, porque había visto peligro en una estadía tan larga en aquel lugar, es que la locura va á ser entre nosotros una enfermedad epidémica: porque así lo piden los tiempos y los hombres y eso aun para los que no jugamos gallos: ¿con que como les irá en este alud de ideotismos y de veleidades á los que se sienten dominados por la peligrosa pasión de las espuelas?

Este, señora, no es tiempo de gallos sino de gallinas.

¡Ya lo creo, me dijo mi interlocutora, como que hay mucha hambre, y su carne es tan sustanciosa!

¡Qué Dios la libre, señora, de *sueños* y de *gallos*!

Así sea.

Adiós.

DAVID VILLASMIL

SU CARA MITAD

NOVELA ESCRITA EN INGLES

por

F. BARRETT

traducida al castellano por

FRANCISCO SELLEN

Continuación

Margarita hablar acerca del asunto que no pasar las horas pensando en ello silenciosamente.

A las cinco de la tarde volvió Felipe. Su aspecto nos alarmó. Estaba pálido y desfigurado. Nunca le había visto tan completamente trastornado y abatido. Durante algunos minutos no pudo hablarnos; no podía hallar palabras para referirnos lo que había pasado. Margarita le hizo sentar á su lado, y tomando entre sus manos las de su marido, le animó con sus miradas á que desahogase su corazón.

—Me acusan de falta de honradez, Margarita; dijo en voz baja y con trémulo acento.

—¿Quién te acusa? gritó Margarita indignada.

—Todos: no es que lo digan tan claro, pero sí con rodeos. No quieren creer que he sido un insensato, y á menos que concedan eso, mi negligencia tiene que mirarse como una falta de honradez. Yo debía haberme informado de mi verdadera posición; debía haber sabido que la firma estaba expuesta á quebrar, y mi sola excusa es que yo era un insensato.

—¿Te ha engañado el señor Motley? le preguntó Margarita.

—No. Yo soy quien me he engañado á mí mismo. No puedo echarle á él la culpa. El no me ha ocultado nada. Las grandes sumas que ha estado gastando en la cervecería, el empleo del capital disponible; de todo me informó. Muchas veces me dijo: "Estamos navegando á todo trapo"—pero no me tomé el trabajo de comprender lo que eso quería decir. ¡La culpa es mía, tan solo mía!

Margarita se quedó pensativa algunos momentos, y después dijo:

—Estoy tratando de comprender por qué tu negligencia puede considerarse falta de honradez.

—Creen que yo previ esta quiebra, ó á lo menos su probabilidad, cuando retiré del negocio el dinero que pude y lo depositó en tu nombre.

—¡Ah! ahora empiezo á ver claro, dijo Margarita.

—No hay nada ilegal en usar el dinero de ese modo. Los balances de la sociedad muestran que la firma podía pagar sus deudas cuando yo retiré esa suma. Este acto no es el de un insensato, sino un negocio excelente, hecho con mucha habilidad, como lo practicaría uno de esos bribones refinados un hombre que es un ladrón de nacimiento, un pillo que posee el arte de engañar sin correr el peligro de ser castigado.

Felipe hablaba arrastrado por la pasión.

—¡Felipe! ¡Felipe! le dijo Margarita con voz suave.

—Se dirá que te has casado con un bribón, Margarita.

—Eso no se dirá; nadie lo pensará, gritó Margarita en extremo agitada. No tocaremos ni un cuarto de ese dinero. Todo será devuelto, todo se dará, todo, excepto los regalos que me hiciste antes de que nos casáramos.

—¿Quieres hacer este sacrificio para salvar mi honor? le preguntó Felipe lleno de emoción.

—Sí, mi querido amigo, y sábete que nada me cuesta. ¿Crees que no puedo vivir sino en medio del lujo? ¡Ah! ¡ya verás qué engañado estás! Tu felicidad vale para mí más que el mundo entero. Debes conservar tu buen nombre: con él lo pasaremos mejor siendo pobres, que sin él siendo ricos.

Era una heroína real, una verdadera esposa, y no aquella muchacha frívola y tonta de otros tiempos. Y de este modo el infortunio de Felipe se convirtió para él en una verdadera felicidad.

Enviaron por el señor Lazarus, quien tasó los diamantes, la vajilla y todo lo que pertenecía á Margarita, y dió una libranza en pago. Entonces Margarita fue con Felipe al Banco donde tenía depositadas las diez y seis mil libras esterlinas y junto con la libranza del señor Lazarus las llevaron al banco de Motley y Harlowe donde tuvieron una entrevista con la persona que funcionaba de síndico de los acreedores. Entonces Margarita, teniendo las libranzas en la mano, dijo:

—Aquí está todo lo que el señor Harlowe, mi esposo, me ha dado desde que nos casamos. Se lo devuelvo ahora de mi libre y espontánea voluntad, para que lo emplee como crea justo.

Y entregó el dinero á su esposo.

Entonces Felipe, tomando las libranzas, no sin emoción, se las entregó al síndico.

Cuando pensé que habían dado todo lo que tenían en el mundo, y que esto era la consecuencia inevitable de los acontecimientos anteriores, me pregunté cómo era que Motley, con su perspicacia y conocimiento del corazón humano y de los caracteres individuales, no había previsto este suceso.

CAPITULO XII

—«¡Quijotesca locura!» Así fue como calificó Motley el sacrificio heróico de los esposos Harlowe.

—¿Por qué no me habló Ud. de eso? le preguntó á Felipe. Yo hubiera hecho cualquier cosa para evitar que Ud. cometiera semejante error.

—Era un asunto en que no necesitaba consejos, contestó Felipe. No nos arrepentimos de lo que hemos hecho, ni lo consideramos un error.

—Pero lo es sin embargo; es un error fatal,—insistió Motley. Uds. no ven los resultados como yo: Ud. no mira el porvenir, como deben hacer los hombres de negocios: tan sólo piensa en el presente. ¿Qué objeto ha tenido Ud.? ¿Limpiar su nombre de las imputaciones hechas por esa partida de necios guiados por el bribón de Thornton? ¿Lo ha conseguido Ud?—No.—¿Ha logrado Ud. reducir al silencio ese maldito *Látigo*? —No.—¿Tendrá el mundo mejor opinión de Ud. por haber sacrificado la fortuna de su esposa, y haberse sacrificado Ud. mismo?—No.—Le repito á Ud. que esos acreedores son una partida de necios que no tienen idea ninguna de gratitud. Tanta importancia le dan al sacrificio que Ud. ha hecho, como si nada hubiera sucedido. Déjelos Ud. que ladren; dentro de unas cuantas semanas vendrán á adularle á Ud cuando vean que, gracias á nuestra hábil administración, podremos devolverles todo lo que han perdido.

—No importa: nuestra conciencia está tranquila.

—¡Conciencia! ¡valiente tontería! ¿No habría quedado satisfecha si Ud. hubiese pagado el *déficit* cuando la razón así lo hubiese aconsejado? Felipe, Ud. es más digno de censura de lo que Ud. cree. Bien sé que para un hombre de los sentimientos de Ud. era en extremo duro la simple idea de que se sospechara de su honradez; pero Ud. tenía la conciencia de que era inocente y esto le debía haber satisfecho. Ud. no debiera haber hecho caso de todas esas necias acusaciones, por consideración á su esposa. Ud. le ha inferido un grave perjuicio que no sé como se podrá remediar. ¿Qué ha hecho Ud. en beneficio de los acreedores? En realidad los ha perjudicado. Contando con el dinero de su esposa como una reserva para un caso extremo, hubiéramos podido empezar de nuevo nuestros negocios y habríamos pagado hasta el último céntimo: pero ahora los acreedores tendrán que contentarse con lo que reciban, pues yo no sé cómo podremos comenzar á hacer algo sin tener algún capital. Vea Ud. pues, lo que ha hecho: ha privado á su esposa de su fortuna, é indirectamente ha perjudicado Ud. á nuestros acreedores, y todo para dejar tranquilos ciertos escrúpulos de conciencia. Ud. ha cometido un error, Felipe.

—Yo no lo creo así, contestó Felipe.

Motley golpeó la mesa con sus gruesos dedos y quedó en silencio y pensativo unos cuantos minutos. Entonces dijo:

—No hay probabilidad de que mi esposa nos dé un alfiler: no, ni un alfiler. Y sin contar con algún dinero yo no sé como comenzaremos de nuevo á hacer algo. ¿Sabe Ud. cómo?

—No tengo la menor idea de entrar de nuevo en negocios: nuestra sociedad ha terminado.

—Todavía no. Si los acreedores aceptan un arreglo.....

—De ningún modo continuaré yo nuestra sociedad.

—¿Por qué?

—No sirvo para esta clase de asuntos. Si la firma recobra su prestigio se deberá enteramente á la influencia de Ud., y yo no quiero aprovecharme de ello. Ud. dice que los acreedores recobrarán todo lo que han perdido, si los negocios continúan. Eso es lo que yo deseo. Si yo me retiro de la firma y los negocios quedan exclusivamente en manos de Ud., le concederán condiciones más ventajosas. Ellos tienen confianza en Ud., y desconfían de mí.

Motley intentó combatir la idea de Felipe, pero no se mostró muy sorprendido de su modo de pensar.

Felipe dió instrucciones á un abogado para que diera los pasos necesarios á la disolución de la sociedad. Motley tenía razón á los ojos de todos, y nadie expresó la más ligera admiración por la conducta de Harlowe; al contrario, no faltaron quienes dieran á entender que había hecho la restitución de aquel dinero por temor de que se le persiguiera por quiebra fraudulenta.

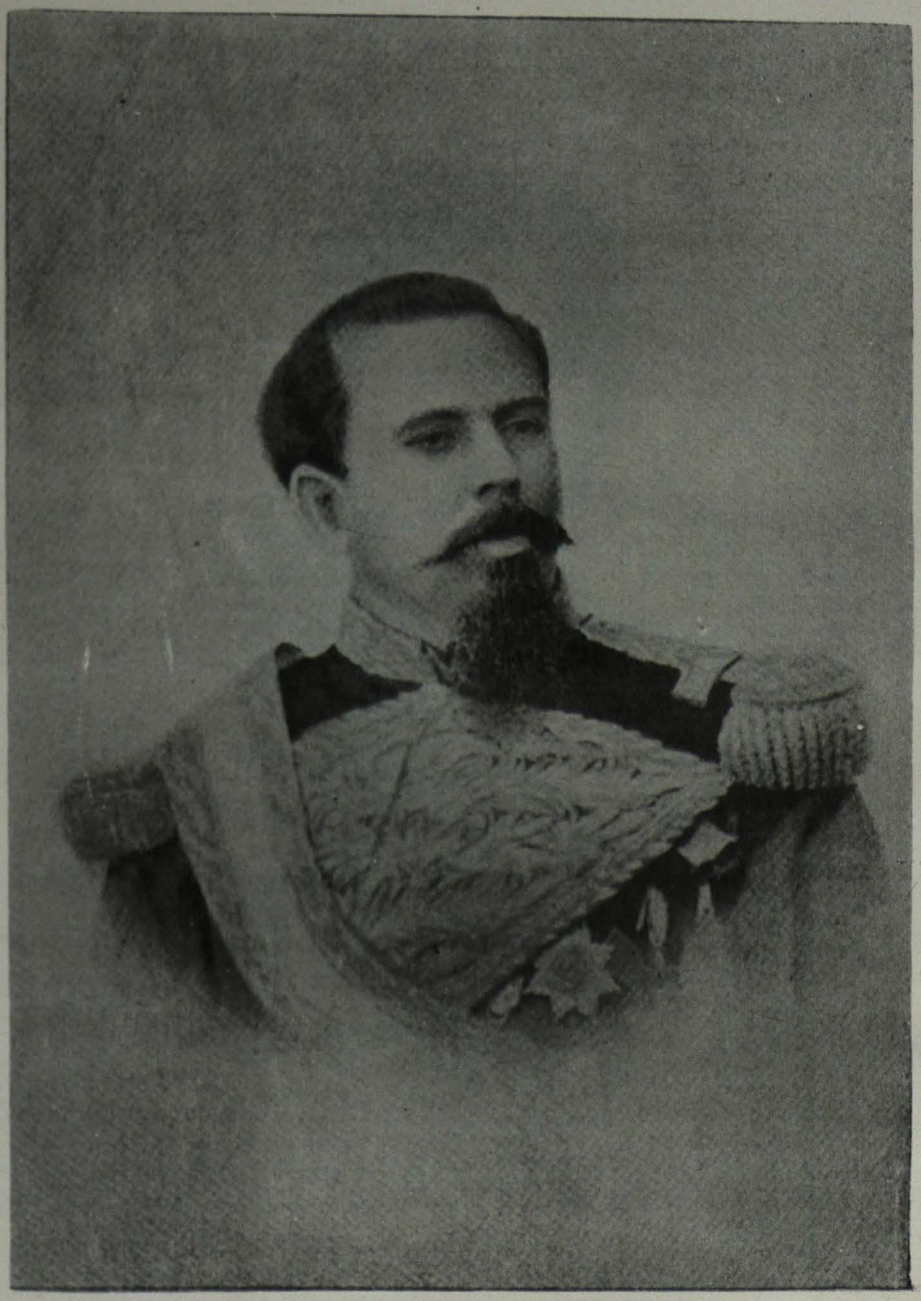
El día siguiente, viernes, *El Látigo* contenía un artículo ponzoñoso, al mismo tiempo que humorístico, en que se daba cuenta de la reunión de los acredores. Estaba precedido de las siguientes palabras:—«Yo predije que obtendríamos algunas revelaciones curiosas respecto al señor Harlowe. Se ha hecho público que en Junio último, cuando la firma estaba ya vacilando, el señor Harlowe puso en cabeza de su esposa, nada menos que 16.000 libras esterlinas. [*] Hasta ahora yo había cometido una injusticia con este socio: le creía un tonto rematado. Me equivoqué por completo. No tiene nada de tonto.»

En este vil papelucho no había ni una sola palabra respecto al noble sacrificio de Harlowe: ni una sola palabra.

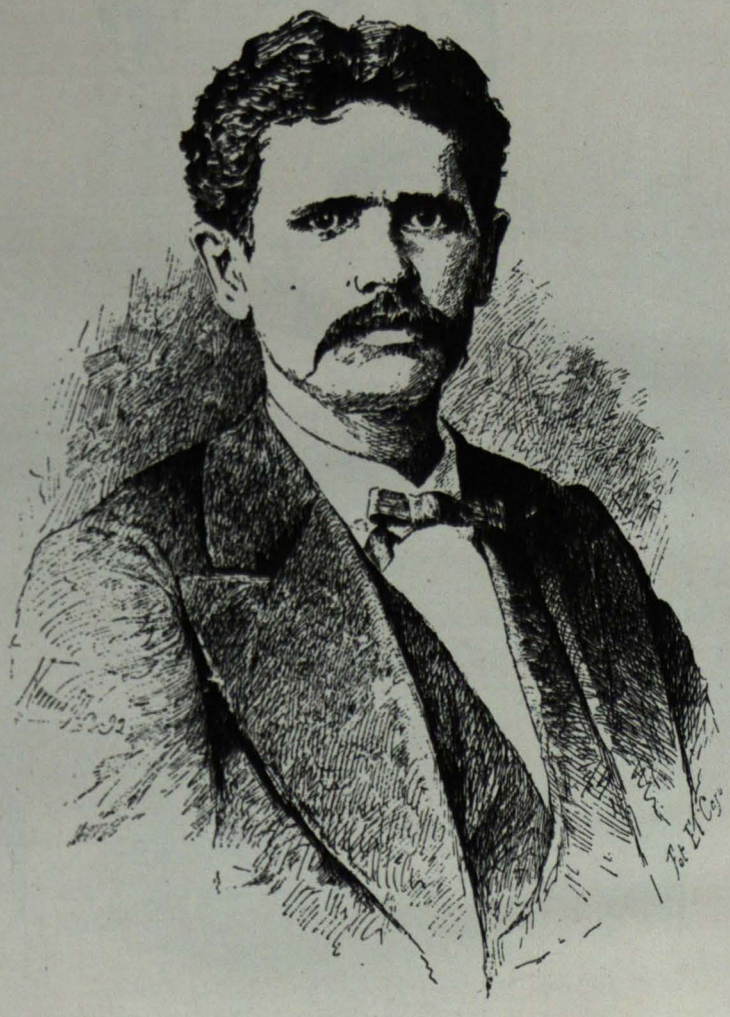
Continuará

[*] Unos 80.000 duros.

REEDITADO EN FOTOCIENCIA, S.A. CARACAS



GENERAL JOAQUIN CRESPO



FOT. EL COJO

GENERAL RAMON GUERRA



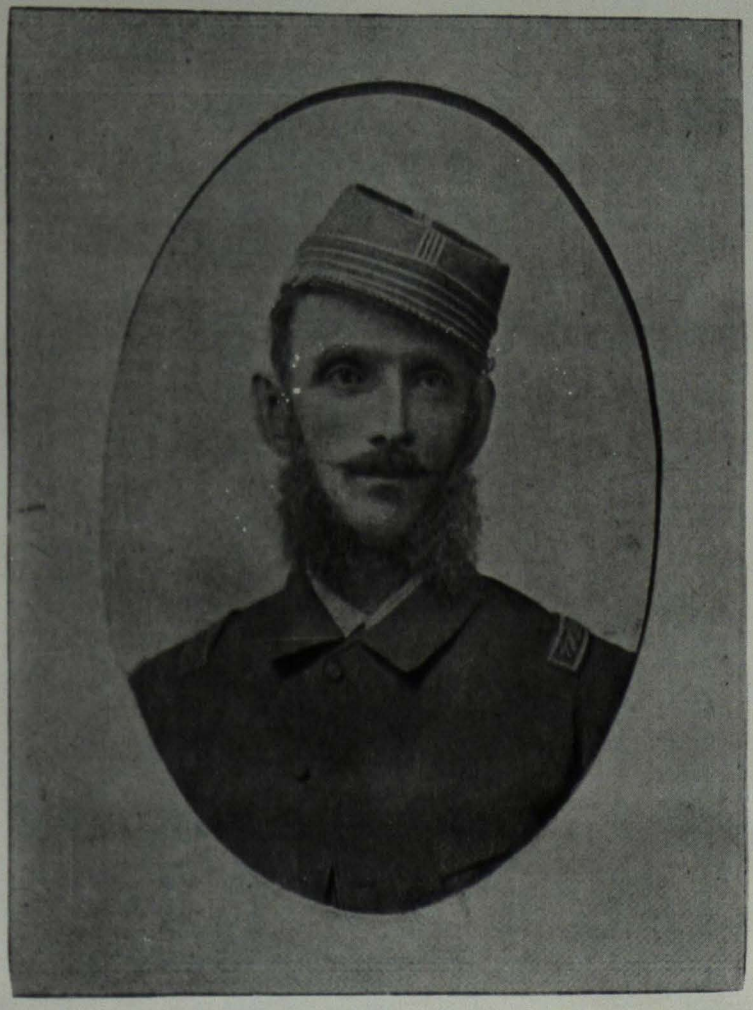
GENERAL VÍCTOR RODRIGUEZ



GENERAL PEDRO VALLENILLA

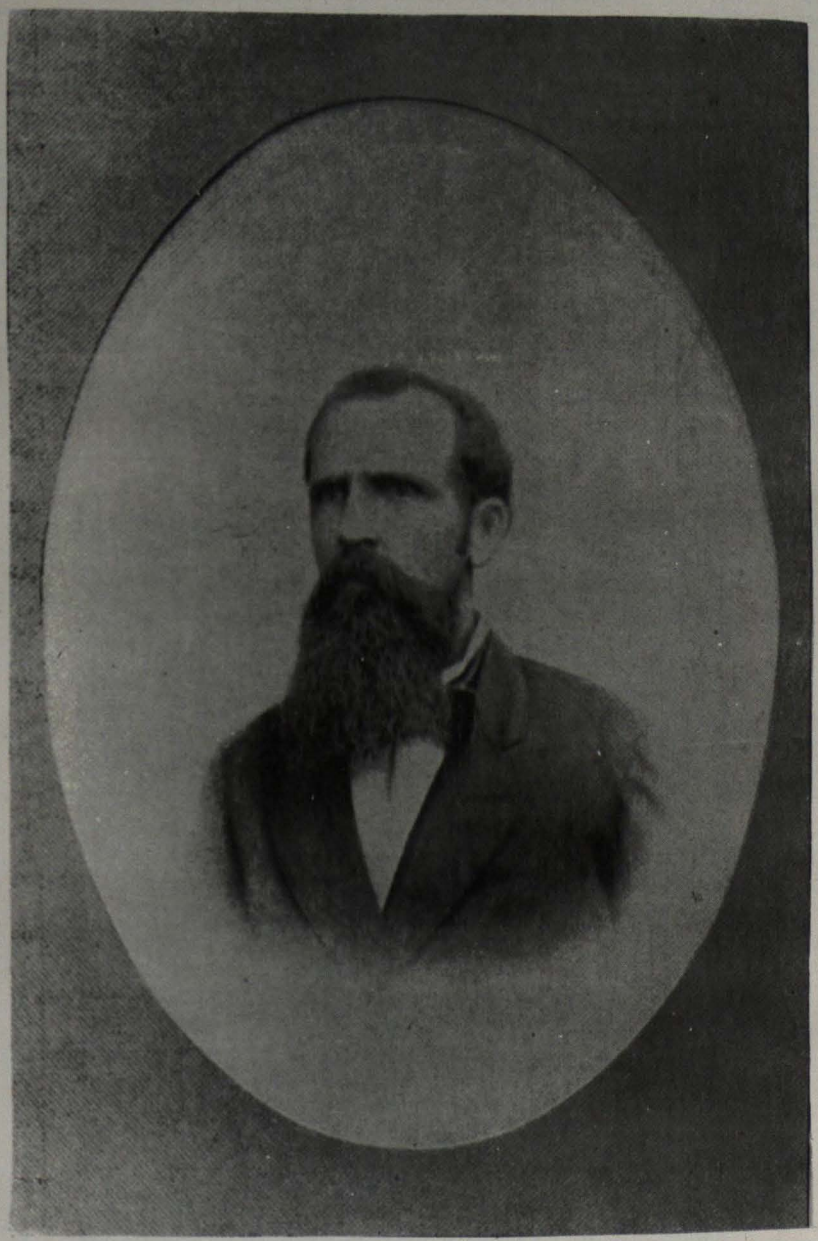


GENERAL LEÓN COLINA



FOT. EL COJO

GENERAL MARTIN VEGAS



FOT. EL COJO

GENERAL WENCESLAO CASADO